PRESIÓN GRADO III

louis g. milk



Louis G. Milk

Presión grado III

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oras, 51—53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 35.806 — 1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20
Barcelona

I

La mujer estaba indignadísima. Y lo peor de todo era que tenía razón.

El doctor James De Soto, Jimmy para los amigos, la escuchaba con una mano sobre los ojos. La señora Vandergrift le aterraba.

Era una dama cincuentona, vistosa, cubierta de joyas, con un ridículo vestido, que hubiera correspondido mejor a su nieta de doce años, y embutida dentro de una sólida faja que sujetaba sus abundantes carnes.

A Jimmy le hacía el efecto de que la faja, con los movimientos y gesticulaciones de la señora Vandergrift, iba a explotar en cualquier momento. Entonces, una lluvia de chuletas, salchichones, lascas de jamón y otras menudencias se esparcirían por su despacho.

«Y pensar que esta mujer no sabe qué hacer con su dinero... bueno, con el de su esposo», se dijo Jimmy, mientras soportaba el chaparrón de invectivas que le dirigía la verborreica señora Vandergrift.

Usted me aseguró que el tigre mutado no rebasaría jamás el tamaño de un gato de Angora. El cachorro que le entregué sólo

crecería un poco más… ¡Un poco más! —protestó sarcásticamente la enjoyada señora Vandergrift —. Mi esposo y yo tuvimos que salir de viaje, y dejamos el tigrecito bien instalado, con una dispensadora dietética automática…

Jimmy se removió inquieto en el asiento. Algo había pasado, no cabía la menor duda. Sus experimentos genéticos, en el caso de la señora Vandergrift, habían sufrido un fracaso.

—¿Y sabe lo que encontramos al volver? Mi esposo está en el hospital reponiéndose del síncope que sufrió al abrir la puerta del cuarto del tigrecito… Tigrecito, ¿eh? ¡Parecía un caballo por el tamaño! ¡Tuvo que intervenir la policía con un cañón de veinte milímetros, que se guardaba en el Museo de las Guerras Antiguas… El animal está muerto ahora, y a mí ¿quién me compensa de su desaparición? ¡Le demandaré ante los tribunales, doctor De Soto! ¡ Le obligaré a pagarme una indemnización… a menos que me «construya» otro tigrecito y con la garantía de que no se me convertirá en un caballo, por el tamaño, claro! Y esperemos que mi marido siga con vida, después del susto que se llevó…

La mujer se puso en pie, temblequeando el voluminoso busto a causa de la indignación que la dominaba.

—«Enaníceme» el próximo tigre o le costará tanto, que tendrá que inventarse una droga para vivir cuatrocientos años y pagarme así la indemnización que le exigiré. ¡Eso es todo, doctor De Soto!

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta del despacho. En aquel momento, se oyó un «raaasssh…» de inconfundible significado.

La mujer se llevó las manos a las caderas, volvió la cara hacia Jimmy, se sofocó de pronto y luego echó a correr. Jimmy tenía un brazo sobre la cara y el cuerpo echado instintivamente hacia atrás.

Pero la temida explosión no se había producido. Al quedarse solo, Jimmy respiró aliviado en cierto modo.

Apretó los labios con gesto colérico. Ya sabía quién tenía la culpa de la «gigantización» del tigre.

Se inclinó hacia delante y tocó la palanquita del interfono.

—¡ Hendrik! — aulló.

Sí, doctor — contestó al instante una vocecita que parecía salida de la garganta de un chiquillo de seis años.

¡Venga a mi despacho inmediatamente! ¿Me ha oído?

—Al momento, doctor.

Jimmy cortó la comunicación. Sus dedos tabalearon sobre la mesa.

No sabía qué hacer con Hendrik. Era el mejor ayudante que tendría jamás, pero, de cuando en cuando, le metía en un jaleo del que luego le costaba Dios y ayuda salir. Y, casi siempre, una sustanciosa indemnización monetaria, que evaporaba los ahorros que Jimmy conseguía entre fallo y fallo de su ayudante.

Pero gracias a Hendrik había conseguido averiguar una cantidad de cosas fabulosas sobre genética. Hendrik sabía más que todos los científicos juntos de la Tierra; lo que sucedía era que, a veces, se descuidaba, o quizás, obedecía a su carácter infantil… o tal vez realizaba experimentos por su cuenta, con resultados catastróficos casi siempre.

Hendrik entró al fin en el despacho. Caminaba temerosamente, como sabiendo de antemano que iba a recibir una fuerte reprimenda.

Era un hombrecillo minúsculo, casi enano. Apenas mediría metro y medio de estatura, tenía los ojos grandes y casi completamente redondos, la nariz parecía un garbanzo adherido a su rostro de luna llena y las orejas terminaban en un pequeño pico, lo que le confería el aspecto de un pequeño gnomo de los bosques.

Pero poseía un cerebro privilegiado. Sin él, Jimmy no habría podido destacar tanto en el campo de la genética. Además, Hendrik era desinteresado; nunca pedía dinero, ni siquiera para golosinas o cigarrillos, cosas ambas a las cuales era aficionadísimo a partes iguales.

—¿Doctor? —murmuró Hendrik en tono humilde.

Los dedos del joven seguían tabaleando sobre la mesa.

—Ha estado aquí la señora Vandergrift —manifestó Jimmy.

—Lo sé, doctor. He oído todo…

Jimmy lanzó un rugido de ira.

—¿Cuántas veces te voy a decir que no proyectes tus oídos a través del espacio? Eso podrá estar bien… entre vosotros, pero aquí, en la Tierra, resulta indiscreto. ¿Qué hubiera pasado si, en lugar de ser la señora Vandergrift, hubiese sido mi novia?

—Usted no tiene novia, doctor —replicó con lógica infantil.

Jimmy se tapó la cara con las manos.

—La señora Vandergrift me va a demandar. Es asquerosamente rica; me lanzará a un batallón de abogados…

—Usted puede enfrentarle una brigada. Si quisiera, tendría más dinero y más joyas que ella… y además es más delgado y no usa fajas que se rompen.

Jimmy miró a Hendrik.

—¿Fuiste tú? —preguntó.

Hendrik bajó la vista y se ruborizó.

—Sí, doctor, pero no llegué hasta la explosión de jamones y salchichas. ¡Habría sido horrible!

Jimmy se echó a reír.

—Ahora demandará al fabricante de fajas —dijo—. En serio, Hendrik, ¿crees que puedo seguir así, con tus… despistes, por llamarlos de algún modo?

—La señora Vandergrift pensó una vez que le gustaría aparecer en el baile de máscaras de los De Roos a lomos de un tigre. Entonces, yo modifiqué la fórmula genética para que alcanzase el tamaño de un caballo. Por supuesto, suprimí en el animal todo sentido de fiereza; era manso como un asnillo. Pero la señora Vandergrift —dijo Hendrik con tristeza — no supo apreciar mi atención y lo frió a cañonazos… bueno, hizo que lo frieran. ¡Me entró una rabia cuando oí que había hecho matar al animalito!

—Por eso le rompiste la faja, ¿verdad?

—Sí, doctor.

Hendrik estaba sentado frente a Jimmy. Un tercer brazo apareció de repente en el costado del hombrecillo y serpenteó hasta la caja de cigarrillos que el joven tenía junto a sí.

Jimmy le pegó un manotazo.

—¡Hendrik! ¡No hagas eso nunca, ni aunque estemos solos! —bramó—. Es que no te das cuenta de que un día van a descubrir quién eres y se armará un lío de todos los demonios?

Perdón, doctor; no pude contenerme. Tenía ganas de fumar y…

¡ Pues toma los cigarrillos como lo hace todo el mundo! ¡Y procura mantener la cohesión de tu forma terrestre mejor que lo haces hasta ahora! ¿Es que ya no te acuerdas del escándalo que armaste en el restaurante cuando se te olvidó quién eras y volviste por un momento a tu forma primitiva?

El tercer brazo había desaparecido. Hendrik, con los ojos bajos,

acató en silencio la reprimenda del joven.

—Está bien, doctor, no lo haré más. Seré más cuidadoso… ¿De veras me deja fumar?

Sí —gruñó el joven—. Yo hablaré hoy con la señora Vandergrift acerca de su tigre. Tal vez le guste la idea y acepte que le «gigantices» el próximo. Pero refuérzale la espina dorsal o se la partirá al sentarse encima… ¡ Hendrik!

El hombrecillo estaba en el aire. Puesto que no llegaba con las manos normales a la caja de cigarrillos, se había levantado y flotaba hacia la mesa.

—¡Baja de ahí! —rugió Jimmy—. ¡Dios mío! ¿Por qué te aceptaría yo como ayudante aquel día siniestro?

Hendrik volvió a la silla de golpe, pero lo hizo con tanta fuerza, que el mueble se partió en mil astillas. Hendrik rodó por el suelo, mientras Jimmy ya no sabía qué hacer: si reír o llorar.

Hendrik se incorporó. Miró con cara triste la silla destrozada.

—Nunca podré acomodarme a vivir en este planeta — murmuró apesadumbrado—. ¡Y es tan hermoso!

Se inclinó hacia los restos de la silla y empezó a mover las manos con increíble rapidez. Un minuto después, la silla estaba reconstruida por completo, sin la menor señal de los destrozos padecidos.

—¿Está bien así, doctor? —preguntó Hendrik con temor en la voz.

Sí —contestó Jimmy en tono cansado—. Anda, vuelve al laboratorio y empieza a trabajar en el proyecto del perro de diez patas que me encargó la señora Delacaze.

—Sí, doctor.

Hendrik se retiró.

Jimmy tomó un cigarrillo y lo encendió. Aún se acordaba del día en que el diminuto hombrecillo apareció ante él y le pidió trabajo en su laboratorio.

Esto había ocurrido cinco años atrás. Los triunfos habían sido tan grandes como los desastres. Había algunos especialistas en genética dados a complacer a las mujeres ricas y ociosas que querían animales mutados con formas fantásticas. Jimmy no había hecho nada apenas en tal sentido; su máximo interés era hallar una mayor producción de carne en los animales que se usaban

habitualmente en la alimentación humana.

La aparición de Hendrik había trastornado todos sus planes..., hasta cierto punto. En dos años, había aumentado la producción de terneras y corderos en un cincuenta por ciento.

Luego había derivado, con Hendrik a su lado, claro, hacia la «construcción» de animales fantásticos. Era el mejor especialista en la materia, aunque, a veces, Hendrik, de rara inconstancia, debido tal vez a su naturaleza extraterrestre, cometía resbalones que él se veía obligado a enmendar... y no siempre lo conseguía.

Esperaba que no le «construyese» ahora un perro con veinte pares de patas. La señora Delacaze había sido claramente explícita al respecto: Sólo cinco pares de patas. Sus amigas iban a mugir de envidia cuando apareciese con el animal atado a una cadena de oro.

Alguien interrumpió de repente su soliloquio mental.

Era la señorita Swan, su secretaria y recepcionista, todo en una pieza. Se merecía el apellido (cisne), por su esquelética longitud corporal, pensaba Jimmy cada vez que la veía.

Pero era una empleada eficiente y discreta como una tumba, que no se asombraba por nada, ni siquiera por el hecho de que el ayudante del doctor fuese un ser nacido a centenares de años luz de la Tierra. Tan discreta era, que nadie, aparte de ella misma y Jimmy, conocían semejante detalle, que hubiese causado pasmo en el planeta.

Lo único que disgustaba a la señorita Swan eran algunas cosas de las que hacía Hendrik. Cada vez que Hendrik sacaba un tercer brazo o ponía un tercer ojo en su cogote para ver lo que tenía a sus espaldas, se ponía muy nerviosa. Hendrik lo sabía y por ello procuraba mostrarse siempre comedido y ponderado en presencia de la eficiente secretaria.

—¿Doctor? —llamó la secretaria.

—Dígame, señorita Swan.

—Tiene usted una visita, doctor.

—¿Quién es, señorita Swan?

El tratamiento entre Jimmy y su secretaria era siempre así de protocolario, pese a que la señorita Swan llevaba con él nada menos que cinco años empleada.

—El teniente Rssssrrrra número de serie 00777— 444111. Procede de Kgrlvnik y pertenece a la policía de aquel planeta —

manifestó la señorita, como si todos los días estuviese recibiendo a oficiales de la policía de un mundo situado a más de trescientos años luz.

Jimmy frunció los labios.

Había llegado el momento esperado… y tan temido por él y Hendrik.

—Está bien, hágale pasar, señorita.

—Sí, doctor; con su permiso, doctor

II

Jimmy se puso en pie para recibir a su visitante. Mecánicamente, se ajustó el cuello de la blusa blanca que vestía y se estiró los faldones de la misma, que le llegaban a las caderas. Luego miró hacia la puerta, que ya se abría en aquel momento.

— El teniente Rssssnrra, doctor —anunció la secretaria.

Jimmy se quedó con la boca abierta.

Había esperado ver a un hombrecillo más o menos parecido a Hendrik, pero no estaba preparado para la visión que se ofrecía a sus ojos.

Era una mujer joven, alta, esbelta, espléndidamente conformada, de cabello muy negro y ojos rasgados. Vestía una blusa de color claro, sin mangas, que encerraba un busto lleno y arrogante, y una faldita corta, que llegaba a la mitad de los muslos. Un bolso de un material que parecía piel de serpiente pendía de su bien torneado brazo izquierdo y sus pies aparecían calzados con unas sencillas sandalias, cuyos cordones estaban anudados a unos tobillos delgados y armoniosos.

¿Doctor De Soto? —dijo la joven con voz sumamente agradable.

Jimmy se empujó la mandíbula inferior hacia arriba.

—Sí — contestó —, él mismo.

—¿Puedo sentarme? — preguntó ella.

—Claro. Dispénseme, señorita... teniente... ¿Cómo debo tratarla? —preguntó él, aún aturdido por la presencia de aquella hermosa muchacha.

—Teniente, de momento —respondió ella—. No me ofrezca de beber ni tampoco de fumar...

—Ha adivinado mis pensamientos —dijo Jimmy.

—No. Es la costumbre en este planeta. Sin su permiso, no puedo entrar en su mente, doctor.

—Muchas gracias, teniente. —Jimmy, sonrojado, se dio cuenta de que aún estaba en pie—. Y bien, ¿de qué se trata?

Ella abrió su bolso y sacó un papel doblado, que desplegó con rápido movimiento.

—Usted tiene como ayudante a un habitante de Kgrlvnik, llamado Hnnnndddrrrrk, número de serie 5550002222444. Está aquí, lo he comprobado sin lugar a dudas —manifestó la joven con voz carente de inflexiones.

—Ah, se refiere a Hendrik —dijo Jimmy.

Ella arqueó las cejas.

—¿Hendrik? —repitió, extrañada.

—Bueno, yo le llamo así. Con todo consonantes en su nombre, algo tenía que hacer para facilitar su pronunciación. Por la misma razón, a su planeta le llamamos, Hendrik y yo, claro, Kegrelvenik.

—Comprendo —replicó la joven—. En tal caso, usted me llamaría a mí Rosaura.

—Pues mire —sonrió Jimmy complacido—, no se me había ocurrido, pero no deja de ser un nombre bien bonito.

Gracias —contestó ella secamente—. De todas formas, no le autorizo a que lo emplee. Debe darme el tratamiento acordado en un principio.

Jimmy se encogió de hombros.

—A su gusto, teniente —contestó—. Bien, ¿Qué quiere de mí?

He traído una misión. Debo llevarme a Hendrik — manifestó la joven con acento tajante.

* * *

Sylvia Swan estaba en aquellos momentos en el lavabo de la oficina.

Sylvia se contemplaba melancólicamente en el espejo. La madre naturaleza no había sido muy pródiga con ella.

Era alta, huesuda, de pecho liso, cabellos color de rata, manos como palas, piernas de alambre y ojos menudos y de color indefinible.

Tenía veintiséis años, pero se consideraba vieja y acabada. Nadie la miraba a la cara, y el que lo hacía, si no soltaba la carcajada en el acto, era que poseía una excelente educación.

Ciertamente, tenía todas sus necesidades cubiertas. En ninguna otra parte hubiera ganado un sueldo como el que le pagaba el doctor De Soto. Pero eso no era todo.

Le hubiera gustado ser hermosa, como la visitante. O un poco menos, incluso, pero habría pagado cualquier precio con gusto por tener un rostro más agradable y una figura más... llenita, con menos huesos y más curvas.

Suspiró profundamente. Era algo imposible. Tal ver, de pequeña, cuando aún cabían las posibilidades de mutación, de haberse conocido con tiempo su configuración de persona adulta, un especialista en genética hubiera podido programar su futuro físico. Ahora, sin embargo, era ya tarde.

Tenía en la mano una revista ilustrada. En ella aparecía una hermosa muchacha, la clase de mujer que a ella le habría gustado ser. Rosaura Kimper, la hija del rey de las astronaves, el propietario de los astilleros astronáuticos mayores del planeta.

Era curioso, se dijo. Rosaura Kimper y la visitante extraterrestre se parecían como dos gotas de agua. No se había fijado en el detalle al recibirla, pero ahora, con la revista en la mano, lo advertía con meridiana claridad.

Una vocecita resonó de pronto en su cerebro.

(—¿Te gustaría ser como Rosaura Kimper?)

Sylvia respingó.

¿Quién hablaba con ella?

Asombrada, miró en tomo suyo. Estaba sola en el tocador, pero había oído claramente la voz.

(—No temas. Soy yo, Hendrik. Dime, Sylvia, ¿es verdad o no que te gustaría ser como Rosaura Kimper? No levantes la voz; piensa la respuesta tan sólo. Yo te escucharé perfectamente.)

De modo instintivo, Sylvia cerró los ojos.

(—i Qué cosas tienes, Hendrik! ¡ Claro que me gustaría ser como ella... pero es imposible!)

(—No tanto, si haces lo que yo te diga. Te advierto de antemano que no causarás daño a nadie.)

(—Hendrik, no me fío de ti. Tus... despistes han causado a veces muchos perjuicios al doctor De Soto.)

(—Te aseguro que esta vez no habrá error posible. Contéstame pronto; ya no hay mucho tiempo que perder.)

Sylvia respiró profundamente. Se miró al espejo. Ya lo creo que le gustaría cambiar de figura. Pero ¿por qué precisamente había de tomar el aspecto de Rosaura Kimper?

(—Es necesario, Sylvia. De momento, tienes que tomar su aspecto. Más adelante, te daré un rostro que no será sino una mejora notable del tuyo. Y la figura también, por supuesto.)

Sylvia reflexionó unos momentos.

Hendrik era un individuo raro, pero de buen carácter. Otro, ya habría mandado a paseo al doctor De Soto, por no sufrir algunas de sus intemperancias.

Hendrik, en cambio, había aguantado estoica y humildemente las broncas que el doctor De Soto le había propinado. Y ¿estaría el médico donde estaba de no haber sido por la inapreciable ayuda del gnomo extraterrestre?

Al fin, se decidió. Si Hendrik le disgustaba por algunas de sus cosas, no se podía dudar, en cambio, de su bondad.

(—Está bien. ¿Qué debo hacer?)

Hendrik contestó:

(—Aquí no puedo... «operarte». El tiempo se me agota. ¿Conoces la cabaña de recreo del doctor?)

(—Sí, desde luego.

(—Bien. Dirígete allí inmediatamente y espérame. No tardaré mucho en reunirme contigo, Sylvia. Pero márchate en el acto; deja todo lo que estés haciendo, ¿comprendes? Date prisa, te lo ruego.)

Sylvia abrió los ojos.

Miró asombrada en tomo suyo. Estaba sola.

Sin embargo, tenía la seguridad de no haber soñado. Hendrik había conversado con ella mentalmente.

Era leal a Jimmy, pero en su lealtad había algo más que la fidelidad del empleado hacia su jefe. Jimmy era un hombre

apuesto, y ella, a fin de cuentas, por fea y desgarbada que fuese, tenía derecho a suspirar por el gallardo geneticista.

No lo dudó más. Abandonó el tocador, recogió su bolso y, precipitadamente, sin despedirse siquiera del doctor De Soto, salió de la casa.

* * *

Jimmy puso los codos sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos.

—De modo que ha venido a llevarse a Hendrik — dijo.

—Sí, doctor.

—¿Por qué, si puede saberse?

—No, no puede saberlo —contestó ella.

Jimmy frunció el ceño.

—No son ustedes muy corteses, los policías de Kegrelvenik —manifestó, descontento.

He venido a cumplir una misión. Lo demás no importa; es accesorio.

Ya lo veo —contestó él—. ¿Acaso Hendrik ha cometido algún grave delito?

Digamos que sí, pero nada que afecte a las leyes de la Tierra.

Entonces, por esa misma razón, usted no tiene derecho a llevárselo.

Doctor, no me haga perder el tiempo. Lo tengo medido.

Jimmy sonrió.

—Yo creía que sólo los terrestres éramos avaros con nuestro tiempo, teniente.

Dejémonos de comentarios. Me entrega a Hendrik, ¿sí o no?

Antes quiero conocer el delito de que se le acusa. ¿Es algún crimen vulgar? ¿Robo, asalto, homicidio, extorsión?

—No, nada de eso.

Entonces podría calificarse como un delito... político.

Aproximadamente —reconoció la joven extra—terrestre.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Si no es un crimen común, Hendrik puede negarse a partir de la Tierra. ¿Sabe lo que es asilo político?

Conozco perfectamente sus costumbres. Entre nosotros, no rigen

en absoluto.

Pero usted no puede forzarme a que se lo entregue.

Ella sonrió.

—Tengo medios que usted no imagina siquiera, doctor — contestó.

Lanzará un rayo mental, me hipnotizará y me obligará a hacer lo que usted desee.

Podría ser un medio, pero no lo emplearía. Imagínese que divulgo la noticia de que Hendrik es un ser no nacido en este planeta.

¡ Hombre! — exclamó Jimmy —. Hasta ahora, Hendrik se ha mostrado muy moderado, pero ¿quién sabe si no le agradaría la publicidad que se formaría en tomo a él? Hay cosas de la Tierra que le gustan con locura las historietas gráficas de ciencia—ficción... Se muere de risa cada vez que cae una en sus manos...

¡Déjese de bromas! ...gritó la joven—. ¿Dónde está Hendrik?

Los caramelos y los cigarrillos también le gustan a rabiar. En cambio, adonde no puedo llevarle es al «Zoo». ¡Si viera usted la que me armó la última vez que estuvimos allí!

La joven se puso en pie. Era preciso reconocer que tenía un tipo estupendo.

—Doctor, es la última vez que se lo pido — dijo —. He venido en son de paz; no me obligue a recurrir a la guerra.

—¿Total?

—Entre los dos. Usted y yo.

La guerra entre un hombre y una mujer, casi siempre, suele tener un final maravilloso — dijo Jimmy sonriendo ampliamente.

Ella metió la mano en su bolso y sacó algo parecido a un lápiz, de un centímetro de grueso, por veinte de largo y rematado en una semiesfera muy brillante.

—Doctor, ya no insistiré más. Quiero a Hendrik. Entréguemelo —pidió en tono que no admitía lugar a dudas.

Jimmy miró el tubo.

—Oiga, no será eso una pistola lanzarrayos o algo por el estilo, ¿verdad? —preguntó.

No importa lo que sea, pero sus efectos no tienen nada de beneficioso en el organismo humano. Ni en ningún organismo viviente, por supuesto. ¿Qué, me entrega a Hendrik o... cuento

hasta tres?

Usted también lee historietas de aventuras — gruñó Jimmy—. Está bien; siempre fui enemigo de la violencia. Llévéselo y ¡buen provecho le haga!

Gracias —contestó la joven secamente—. ¿Dónde está?

Jimmy se puso en pie.

—Por aquí, hágame el favor —indicó.

Detrás de su mesa había una puerta, que comunicaba, a través de un no muy largo corredor, con una gran estancia donde tenía instalado su laboratorio de genética. Jimmy caminó delante de la joven y abrió la puerta del laboratorio.

Dio unos pasos en su interior.

—¡Hendrik! —llamó—. ¡Hendrik! Contesta, hombre. Te están buscando… No gastes bromas y sal de tu escondite de una vez — agregó, al ver el silencio que reinaba en su laboratorio.

Pasaron unos segundos. Jimmy empezó a adquirir la nada tranquilizadora convicción de que Hendrik había desaparecido. Sin saber por qué, sintió un helado escalofrío recorrerle la espalda, desde la nuca a los talones.

III

Los cuatro hombres estaban sentados en torno a una mesa, frente a sendos vasos de cuyo contenido iban sorbiendo poco a poco. El humo de los cigarrillos enrarecía la atmósfera.

Cada uno de los cuatro tenía frente a sí una movifoto en colores naturales. La fotografía representaba a una hermosa muchacha de cabellos negros y labios que desdeñaban el toque de lápiz de carmín, vestida sucintamente con un dos piezas blanco, que permitían contemplar una anatomía digna de la Venus de Milo. Bastaba presionar un botón en el lado derecho inferior del delgado

marco que encuadraba la fotografía, para que la imagen adquiriera vida propia y dirigiera al que la contemplaba una seductora sonrisa.

—Éste es el objetivo —dijo Jack «El Lobo»—. Ya sólo nos falta el aviso de Rufe, para empezar a actuar. ¿Sabéis cada uno vuestro papel?

Tony Cavito, delgado, moreno, con bigotito, asintió:

—En cuanto avise Rufe, yo me largo para donde está la beldad. Entre él y yo la ponemos en el «bote» y salimos arreando hasta la encrucijada del lado Nordeste de la ciudad.

—Allí estaremos éste y yo —dijo Ole Bengt, un fornido sujeto de ascendencia nórdica y cabeza cuadrada.

El otro era Mack, «El Piernas», apodado así por la rapidez que le había hecho famoso al correr delante de la policía, rapidez adquirida en sus tiempos de estudiante, cuando practicaba el atletismo con bastante fortuna.

Ahora, «El Piernas», como los otros cuatro miembros de la banda, se dedicaba a la más lucrativa profesión de raptor, en la que habían obtenido algunos destacados «triunfos», aunque, eso sí, respetando siempre la vida de sus secuestrados con toda escrupulosidad.

—El golpe nos reportará cinco millones de solares nada menos — dijo «El Lobo».

—Un millón por cabeza —sonrió Cavito, atusándose el bigotillo.

—Vosotros, algo menos —replicó «El Lobo», sonriendo con aquella expresión que había dado origen al apodo—. Exactamente, ochocientos setenta y cinco mil.

—¿Quieres decir que nos descontarás ciento veinticinco mil a cada uno? —preguntó Bengt.

—Entonces, te tocarán a ti millón y medio —calculó «El Piernas», tan rápidamente como corría.

—Einstein, tú — sonrió «El Lobo» —. Qué bien se te dan las matemáticas. Sí, millón y medio para mí. ¿No soy el jefe? ¿No he planeado el golpe? ¿No estoy en contacto con el hombre que nos pagará los cinco millones?

—Por cierto, que no sabemos quién es siquiera — dijo Cavito, frunciendo el ceño—. ¿Quién es ese sujeto que va a pagar una suma tan exorbitante por la chica de la movifoto?

¿Qué os importa quién pueda ser, con tal de que pague? —contestó «El Lobo»—. Nuestra obligación es entregarle la chica. Él pagará... o no habrá entrega de la «mercancía» y entonces podríamos gestionar el rescate nosotros directamente.

Bengt se frotó la mandíbula con gesto pensativo

—No me acaba de gustar mucho este asunto — masculló.

Lo encontramos un tanto misterioso, Jack — comentó «El Piernas».

Os aseguro que no hay nada misterioso. Sólo un tipo que ha sentido de repente un capricho, eso es todo —contestó «El Lobo».

La verdad era que no conocía la identidad del hombre que le había propuesto el «negocio». Sólo sabía que había recibido una visita de un sujeto completamente desconocido, que le había ofrecido cinco millones de solares por la muchacha.

«El Lobo» había recibido, como anticipo, un sustancioso paquete con veinticinco billetes de a diez mil solares cada uno, del cual, ladinamente, no había dicho nada a sus compinches. Si las cosas rodaban mal, tendría como compensación menor aquel pellizco, que le permitiría olvidar su fracaso y emigrar a regiones más acogedoras.

«El Lobo» desconocía la identidad del contratante. Estaba seguro de que se había colocado encima de la suya propia, una cara falsa. Las hacían los fabricantes de artículos de broma que ni se notaban y, por si fuera poco, aquel sujeto vestía de una manera corriente, no llevaba encima joyas ni brazaletes ni amuletos de ninguna clase, y hasta usaba guantes que no permitían ver un solo centímetro de la piel de sus manos. Hasta creía que la corpulencia del sujeto no era más que algodón de relleno, pero, en todo caso, ¿qué más daba?

Cuando tuviesen a la chica en lugar seguro, debía hacer una llamada. Entonces recibiría nuevas instrucciones.

«El Piernas» levantó una mano.

—Jack —dijo—, estamos contigo, pero nada de sangre, ¿eh? Hasta ahora, todo ha ido bien. Los secuestrados pagaron y la policía no nos molestó demasiado, precisamente porque nuestras víctimas no sufrieron el menor daño corporal.

Si la chica va a morir, no cuentes con nosotros — gruñó Bengt.

Os he dicho una y mil veces que el secuestro se realizará en las condiciones ordinarias. No habrá...

Un zumbido le interrumpió en aquel momento. Cavito se puso en pie y se acercó a un visófono instalado sobre una consola cercana.

Manejó el interruptor. La imagen de un individuo de rara mirada apareció al instante en la pantalla.

—Es «Ojo de Nube», jefe — dijo.

El Lobo» se puso en pie y se acercó al aparato. «Ojo de Nube» había recibido el apodo debido a que una de sus pupilas era de un gris casi blanquecino, que contrastaba vivamente con la otra, marrón oscuro. Por lo demás, su agudeza visual era máxima.

—¿Rufe?

El objetivo acaba de entrar en el número 7 400 de la Avenida Millman —informó «Ojo de Nube»—. ¿Espero?

—Sí. Espérate ahí. Cavito llegará antes de diez minutos. Si saliera, antes, síguela y ya nos informarías.

—O. K., jefe.

«El Lobo» cortó la comunicación y se volvió hacia sus compinches.

—Esa buena moza ya está en la sartén —dijo, satisfecho.

* * *

En medio de un profundo silencio, Jimmy De Soto recorrió el laboratorio, que se hallaba desierto, a excepción de los animales que tenían allí en tratamiento.

Había perros, gatos, monos,, pájaros, hasta un par de tarántulas para «gigantizar» por encargo de unos caprichosos... pero ni rastro de Hendrik.

—No está —dijo, desconcertado.

Ella se sintió impaciente:

—Vamos, doctor —exclamó—, no trate de engañarme.

Jimmy se volvió hacia la joven.

—Le aseguro que no hace ni media hora estuve hablando con él... y este laboratorio no tiene otra salida que las ventanas.

—Se habrá ido volando —dijo ella en tono mordaz.

—Pues mire, no me extrañaría en absoluto. — Había una ventana abierta —.Tal vez por allí, Rosaura.

—No me llame de ese modo —protestó la joven —. Mi nombre

es muy distinto y, por descontado, más armonioso.

—Será en su idioma, porque, en el nuestro, suena a serrucho desdentado —gruñó Jimmy—. Lo siento, es todo lo que sé.

Ella pareció aceptar su sinceridad.

—¿Dónde ha podido irse? —preguntó.

—No tengo la menor idea. Ni siquiera sabía que tuviese la intención de escapar…, pero si captó mentalmente su presencia, puede imaginarse lo que pensó y puso en práctica sin perder tiempo.

—Quizá —admitió la joven—. Olvidé la precaución de desconectar mis proyecciones mentales. Eso le habría confundido, haciéndole creer que yo era una visitante normal.

Jimmy sonrió.

—Las chicas como usted no son nunca visitantes normales —alabó, haciéndola sonrojarse—. Teniente, en lo que a mí respecta, no puedo hacer más.

—Tendré que buscarle por todas partes. Me ha costado dos años encontrarle, pero ahora ya tengo una pista indudable. Ahora no me costará ni una semana dar con él.

—Lo siento por Hendrik. Era un buen chico y un cerebro de primera. ¿Qué harán con él en Kegrelvenik, Rosaura?

—Pregunta sin respuesta —contestó ella—. Y ya que se empeña en darme un nombre terrestre, abrévielo, por favor. Llámeme Rosa.

—Yo me llamo Jimmy —dijo él, acercándose a la joven con aire galanteador—. ¿No puede posponer sus pesquisas para mañana, preciosa?

Rosa le dirigió una helada mirada.

—¿Por qué? ¿Obtendría alguna ventaja, Jimmy? — preguntó.

—Sí, una muy grande.

—¿Cuál?

—Cenar conmigo en un lugar muy discreto, en el que sirven unos platos que uno se chupa hasta los dedos… Oiga, ¿es usted de las que mudan de forma a cada momento, si así lo desean? No me gustaría verla empezar a cenar con esa figura y ver que terminaba chupándose los tentáculos en lugar de los dedos.

Mis controles psicofísicos están perfectamente ajustados. A menos que yo lo quisiera de un modo expreso, no cambiaría de forma ni aun inadvertidamente.

Pues a Hendrik le hacía falta un buen ajuste de esos controles. De cuando en cuando, me pegaba cada susto... ¿Qué, cena conmigo o...?

Rosa soltó un bufido y le volvió la espalda.

—Tengo cosas más importantes que hacer que soportar sus galanteos. Desde luego, no perderé el tiempo cenando con usted, puede estar seguro de ello.

Sí, ya lo veo —suspiró Jimmy, siguiéndola por el pasillo hasta su despacho —. En fin, tampoco hubiera sido una cena muy agradable; a uno le gusta la belleza, pero hay un límite para todo...

Rosa salía en aquel momento al despacho. Jimmy cruzó la puerta tras ella, mientras pronunciaba las últimas frases, que algo interrumpió súbitamente.

Sonó un «crack». Jimmy dejó de hablar y cayó al suelo cuan largo era.

Rosa se volvió, sorprendida por el ruido. Entonces divisó a dos hombres desconocidos, situados a ambos lados de la puerta.

—¿Eh, qué...?

Uno de ellos la apuntaba con algo parecido a una pistola. Apretó el gatillo y soltó un chorro de gas, que dio de lleno en el rostro de la joven.

Rosa se estremeció un momento. Parpadeó varias veces seguidas, inspiró con fuerza y luego se quedó quieta, rígida, inmóvil.

Dio resultado, Tony — dijo «Ojo de Nube», muy satisfecho.

Magnífico —alabó Cavito—. No hay nada como la ciencia para secuestrar a las personas sin que nadie se entere de lo que pasa.

Se acercó a la joven y abrió su bolso, husmeando rápidamente.

No hay nada de particular —dijo, colocando de nuevo el bolso en su mano—. ¿Me oyes, preciosa?

—Sí —contestó ella con voz ausente.

Bien, ahora vas a salir con nosotros. Aparenta normalidad, sonríe, charla con nosotros como si fuéramos viejos amigos, que nadie sospeche que te vienes secuestrada. ¿Has entendido?

—Muy bien.

De acuerdo. Toma mi brazo, guapa —ofreció Cavito galantemente.

Rosa obedeció sin protestar. «Ojo de Nube» se colocó al otro

lado.

¿Cuánto duran los efectos hipnóticos del gas, Tony? —preguntó, mientras se dirigía hacia la salida.

Doce horas, más o menos, Rufe. Suficiente para llegar hasta el punto de destino —contestó Cavito, mientras atravesaban la puerta.

Descendieron al amplio vestíbulo del edificio. El conserje se precipitó a abrirles la puerta, saludando a la joven con gran aparatosidad. Ella le contestó con una graciosa sonrisa.

Momentos después, el trío, a bordo de un aeromóvil, despegaba del suelo y partía rumbo al lugar del encuentro con la otra pareja de secuestradores.

Media hora más tarde, una hermosa joven, de esbelta figura y cabellos negros, pasó por delante del conserje.

—Buenas tardes, señorita —saludó el hombre.

La muchacha no se dignó contestarle siquiera. El conserje estaba muy ocupado colocando la correspondencia de los inquilinos en sus casilleros y no prestó demasiada atención al incidente.

De pronto, suspendió su labor y se quedó inmóvil como una estatua.

—Esa chica —dijo, desconcertado—. Salió hace media hora con dos hombres… y ahora vuelve a salir, sin que yo la haya visto entrar.

Frunció el ceño. En todo aquel tiempo no se había movido del vestíbulo. ¿Cómo se las había arreglado la joven para entrar sin que él la hubiese visto?

Finalmente, se encogió de hombros.

—Estaría distraído —se dijo, y continuó su labor.

IV

Jimmy De Soto se despertó sintiendo un horrible dolor de cabeza

Durante unos momentos, se sintió por completo incapaz de hacer el menor movimiento. Luego, poco a poco, el dolor fue cediendo, hasta que adquirió las fuerzas suficientes para sentarse en el suelo.

Miró en tomo suyo. Estaba solo.

Recordó lo ocurrido hasta el momento en que Rosa y él habían abandonado el laboratorio. Había sentido un golpe y ya no sabía más.

¡Señorita Swan! — llamó.

Nadie contestó a sus llamadas. Finalmente, se puso en pie, aunque con torpes movimientos, y salió al antedespacho.

Estaba desierto.

—¿Dónde se habrá ido esta mujer? —gruñó.

La señorita Swan era pulcra, eficiente, capaz y

puntual. Aún no era hora de abandonar el trabajo.

Jimmy sintió upa vaga alarma al observar la ausencia de su secretaria. No tenía la menor idea de quién o quiénes le habían atacado, pero confiaba en la señorita Swan.

Quizá había tenido que salir inesperadamente. No era normal en ella, pero cabía la posibilidad.

Rosa había desaparecido. El hombre que le había atacado debía de ser su cómplice; de otro modo, no se comprendía.

—Bueno —gruñó—, en medio de todo, me alegro de que Hendrik se haya largado. En Kegrelvenik no lo iba a pasar muy bien, sobre todo, si los policías son tan severos como Rosa.

Fue al tocador y se refrescó la cabeza por fuera, normalizándola por dentro con un par de aspirinas.

Poco después, llegó su ayudante nocturno. Hendrik se esfumaba cuando aparecía el doctor Peters, un joven licenciado que dedicaba algunas horas a cuidar de la alimentación de los animales encerrados en el laboratorio.

Jimmy le dio las instrucciones de rigor, sin mencionarle para nada lo sucedido. Peters asintió, tras lo cual Jimmy se marchó a su casa.

No sabía qué hacer. Ignoraba por completo el paradero de Hendrik. De repente, se le ocurrió que tal vez la señorita Swan

pudiera decirle algo al respecto.

Entonces se dio cuenta de una cosa: tampoco sabía el domicilio de la secretaria.

La señorita Swan se había convertido, para él, en una máquina con figura humana. Sí, se acordaba de que cuando la tomó a su servicio, años atrás, le mencionó donde vivía, pero ya no había vuelto a recordar más aquel dato.

—Pero si ni siquiera me acuerdo de su nombre — mascullo, enojado consigo mismo.

Habían sido cinco años de llamarse mutuamente «señorita» Swan y «doctor», sin otro tratamiento. Así se explicaba su ignorancia de cuanto concernía a su secretaria.

—Puede ser soltera, casada, tener doce hijos o mantener a sus padres y abuelos con el sueldo... pero yo no sé nada en absoluto de ella —se dijo, irritado por aquella falta de conocimientos acerca de su esquelética secretaria.

Su furor para consigo mismo iba en aumento. Temiendo un estallido, se cambió de ropa y salió a la calle sin rumbo fijo.

Tras una hora de pasear ininterrumpidamente, sintió la necesidad de descansar y reponer las energías consumidas.

Un restaurante le salió al paso. Sin pensárselo dos veces, cruzó la puerta y buscó una mesa. Era un local elegante, aunque sin excesos, discreto y bien servido, a lo que parecía, por la abundancia de camareros.

Uno de éstos se le acercó con la carta. Jimmy eligió la cena y encargó, mientras tanto, un aperitivo.

Sacó cigarrillos. Cuando se ponía uno en la boca, vio algo que le dejó un momento sin respiración.

—Vaya —murmuró, sonriendo—; pero si está aquí la linda teniente de policía de Kegrelvenik.

Dejó el pitillo sobre la mesa y se puso en pie. La joven estaba en una mesa, situada unos metros más allá, acompañada por un caballero de buen porte y agradable rostro.

—¿Teniente? —saludó Jimmy con la sonrisa en los labios.

Ella alzó la vista y le dirigió una mirada glacial.

—¿Cómo? —preguntó.

—He dicho: «¿Teniente?». ¿Es que ya no se acuerda de mí, Rosa de... de Kegrelvenik? —contestó Jimmy.

Ella miró a su acompañante. Este parecía comedido, creyendo que Jimmy era un conocido de la joven.

—No sé quién es, John —manifestó, ella—. En mi vida le he visto hasta ahora.

—Vamos, vamos, preciosa — dijo Jimmy —. Acuérdate: hace unas horas estuviste en mi laboratorio y dijiste venir de Kegrelvenik en busca de Hendrik. No te hagas ahora la olvidadiza, Rosa.

El acompañante de la joven se creyó en la obligación de intervenir.

—Caballero, mucho me temo que haya sufrido usted una confusión —dijo—. La señorita no se llama como ha dicho. Su nombre es Rosaura Kimper... y ahora que ya lo sabe, por favor, déjenos cenar tranquilamente.

Jimmy frunció el ceño.

—¡Caramba! De modo que ahora sí te gustan los nombres terrestres, ¿eh? Rosaura Kimper... ¿por qué no Molly Smith o Ginetta Dubois? Vamos, vamos, Rosa, no trates de engañarme, fingiendo amnesia. ¿Qué es lo que pretendes con tu actitud?

El acompañante de la joven se puso en pie.

—Tendré que darle una lección, si no se marcha en el acto — dijo secamente —. Haga el favor de irse y no moleste más a la señorita Kimper.

Jimmy le apuntó con el dedo.

—Escuche, amigo —dijo furioso—. Esta dama, tan aficionada a los cambios de nombre, estuvo hoy en mi despacho, esta misma tarde y...

Jimmy no pudo continuar. El otro disparó su puño y le alcanzó en plena mandíbula.

Por segunda vez en aquel día, Jimmy perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, ayudado por un par de camareros, vio que la joven y su acompañante habían desaparecido.

—¿Dónde están? — gruñó.

El maestresala lo miró de muy mal humor.

—Le agradeceremos abandone el local en el acto — dijo—. Ha ofendido de modo grave a la señorita Kimper y ello puede costarle muy caro, si se le ocurre presentar una demanda contra usted. Por favor. ..

¿Una demanda? —tronó Jimmy—. Yo sí que la presentaré contra ella, por rapto de mi secretaria. Ahora mismo iré a la policía y…

Se calló. ¿Qué seguridad tenía de que Rosa hubiera raptado a la señorita Swan?

—Está bien, me iré a cenar a otra parte — gruñó. Metió la mano en el bolsillo sacó un billete y lo puso en la mano del maestresala —. Tome, por los perjuicios que haya podido ocasionarle.

Dio media vuelta y salió a la calle, más enojado que nunca.

* * *

Jack «El Lobo» recibió una llamada.

—La «mercancía» está en el almacén, jefe.

Bien. Seguid ahí hasta nueva orden —contestó «El Lobo».

La comunicación se cortó. «El Lobo» esperó cosa de unos diez minutos y luego sacó una agenda de notas del bolsillo superior de su blusa.

Buscó un número. .Con la agenda a la vista, pulsó las teclas numerales.

Aguardó. La pantalla se iluminó treinta segundos

más tarde.

Sin embargo, no vio rostro alguno, ni siquiera el menor detalle de la decoración de la estancia desde la cual le hablaban.

El truco era sencillo: colocar una simple hoja de papel delante del objetivo captor de imágenes. Esto impedía que «El Lobo» viese nada a través de la pantalla, aunque sí permitía la transmisión de la voz.

—Soy «El Lobo» —dijo simplemente.

—Sí — contestó el desconocido.

—La operación se ha rematado con toda felicidad.

—Lo celebro.

—¿Cuándo…?

El desconocido interrumpió al impaciente secuestrador.

—Escuche esto: deberán retener la «mercancía» en el almacén durante tres días —ordenó—. Pasado ese tiempo, le indicaré dónde debe entregármela, contra el importe del precio acordado.

Yo creía que el intercambio se iba a realizar en seguida —dijo

«El Lobo», sin poder ocultar su decepción.

Lo siento. Mis planes están trazados de antemano y no los puedo variar. Llámeme dentro de tres días. Adiós.

La comunicación se cortó bruscamente. «El Lobo» se quedó pensativo durante unos momentos.

—Bueno, si el tipo ese fracasa y no quiere pagar, ya nos encargaremos nosotros de cobrar un buen pico por... la «mercancía» —resolvió finalmente.

Dos días más tarde, Philip M. Kimper, propietario de la principal empresa de transportes aeronáuticos, recibió un mensaje.

El señor Kimper estaba cenando en casa con su hija, la hermosa Rosaura. Por extraña casualidad, aquella noche Rosaura no tenía ningún compromiso y había decidido pasar la velada en casa.

Padre e hija charlaban de temas intrascendentes cuando el estirado mayordomo que atendía a la mesa, entró en el comedor con una bandeja en la mano, sobre la que se divisaba un rectángulo de papel blanco.

—¿Qué es eso, Patrick? —preguntó el señor Kimper.

—Una carta para el señor —contestó el mayordomo.

—¿Quién la ha traído?

—Lo ignoro, señor. Sonó el timbre de la puerta, y Jenny, la doncella, acudió a abrir. Entonces, encontró la carta en el suelo, indudablemente arrojada por debajo de la puerta...

Kimper hizo un gesto de fastidio.

—Algún anónimo, como si lo viera —comentó. Tomó el sobre y una plegadera que venía en la bandeja—: Gracias, Patrick; puede retirarse.

—Sí, señor.

El mayordomo se marchó, dejando solos a padre e hija. Rosaura no formuló ninguna pregunta; harto sabía que su padre estaba cansado de recibir todo género de cartas, cosa inevitable en un hombre de su posición.

Kimper rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla doblada, cuyo contenido leyó con la mayor atención.

De pronto rompió a reír con estridentes carcajadas.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó la hermosa Rosaura —. ¿Tan graciosa es esa carta?

—Toma, hija —dijo Kimper, pasándole la misiva—. Léela y

diviértete un rato. ¡Los hay con buen humor, de veras! ¡Mira que decirme que te han secuestrado y que te matarán, si no accedo a...!

La risa ahogó a Kimper, impidiéndole seguir adelante. Rosaura, extrañada por las manifestaciones de su padre, leyó:

> Estimado señor Kimper:
>
> Tenemos a su bella hija en nuestro podar. Rosaura Kimper es ahora nuestro rehén y la seguridad de que usted accederá, por fin, a traspasarnos el cincuenta y uno por ciento de las acciones de su compañía, al precio que fijaremos en una posterior y, naturalmente, discreta entrevista. Mañana, a las nueve de la mañana, le llamaremos a su despacho, a fin de conocer la repuesta a esta carta.
>
> Esperarnos que quiera a su hija lo suficiente para no desearle ningún daño, cosa que indudablemente le ocurriría, caso de no atender a la presente petición. La advertencia de no entrar en contacto con la policía creemos sobra en un hombre de su inteligencia.

Rosaura miró a su padre con expresión un tanto perpleja.

—Éstos tipos están locos — comentó.

—¡ Naturalmente que lo están! — contestó el opulento financiero —. ¡ Mira que decir que te han secuestrado, cuanto te tengo delante de los ojos! Anda, rompe ese papel y no se hable más del asunto.

Rosaura hizo lo que le decían. Sin embargo, se sentía más preocupada que su padre.

Estaba acordándose del hombre que la había confundido con otra joven de su edad, en el restaurante, dos noches atrás.

Era un joven bastante agradable, aunque algo chillado a su entender. La había llamado primeramente... sí, ahora lo recordaba en parte: Teniente de policía de Kil... Kelgre... bueno, no se acordaba de la palabra exacta, que le sonaba a muy rara.

Luego había pronunciado una abreviatura de su nombre, aunque resultaba así un nombre distinto: Rosa. Pero ella no le había visto jamás ni tenía la menor idea de quién podía ser.

De pronto, se le ocurrió una idea. Prudente, sin embargo, esperó a que hubiese terminado la cena para ponerle en práctica.

Llamó al restaurante desde su habitación. No era la primera vez que iba a aquel local y el maestresala la conocía bastante.

Tal vez él pudiera indicarle quién era el desconocido. Rosaura sospechaba que podía tener alguna relación con el secuestro que no se había llevado a cabo.

—Francois —llamó—, soy Rosaura Kimper. ¿Se acuerda usted del caballero que provocó hace dos noches un incidente nada agradable? ¿Por casualidad sabría usted decirme quién es?

—Sí, señorita Kimper — respondió Francois —. Yo no le conocía, pero uno de mis hombres le había servido en anteriores ocasiones, cuando trabajaba en otro local distinto. Es el doctor James De Soto, señorita Kimper.

V

Sylvia Swan despertó después de lo que parecía un largo e interminable sueño.

Sentía su cuerpo embotado y torpe. La mente, sin embargo, estaba más ágil y poseía una lucidez normal.

Abrió los ojos. El feo pero simpático rostro de Hendrik estaba inclinado sobre ella.

—¿Cómo se siente, señorita Swan? —preguntó el hombrecillo.

—Bien… un poco torpe tal vez…

Se le pasará en seguida —dijo Hendrik—. Tome, beba.

Le entregó un vaso, mediado de un líquido de color ambarino. Al incorporarse para beber, Sylvia se percató de que estaba tendida en lo que parecía ser una mesa de operaciones, cubierta con una sábana hasta los hombros.

El líquido era de sabor agradable y resbaló por sus fauces.

Momentos después, notó un calorcillo que la hizo sentirse mucho mejor.

—Saldré un momento — dijo Hendrik —. La dejo sola, para que usted pueda apreciar por sí misma los resultados de... la operación.

El hombrecillo se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y sonrió:

—Cuidado con las piernas, señorita Swan; puede que las note un poco flojas en los primeros momentos. Pero se le pasará en seguida, ya lo verá.

Hendrik salió y luego cerró la puerta en silencio. Al cabo de unos segundos, Sylvia, sujetándose la sábana con una mano, se sentó en la mesa de operaciones.

Entonces se fijó que había un espejo de cuerpo entero en la habitación. No obstante, dado el ángulo de reflexión, aún no podía verse a sí misma.

Sylvia apoyó los pies en el suelo y se irguió. Hendrik tenía razón; sus piernas la sostenían aún con dificultad.

Dio unos pasos. A cada segundo que transcurría, sin embargo, notaba que le volvían las fuerzas.

Se dirigió al espejo. Fijó la vista en la imagen reflejada en el vidrio azogado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es posible que ésta sea yo?

Una hermosa mujer la miraba desde el espejo. Aturdida, Sylvia dejó caer la sábana.

El cabello, negro como ala de cuervo, le llegaba a la cintura. Su rostro había cambiado totalmente y su figura había adquirido unas proporciones esculturales.

Durante unos momentos, se contempló con una mezcla de aturdimiento y embriaguez. Luego, sonrojándose de sí misma, se inclinó y recogió la sábana, con la que cubrió pudorosamente su desnudez.

... ¡Hendrik, Hendrik!

El hombrecillo apareció de inmediato.

—¿Satisfecha, señorita Swan? —preguntó.

—¡Cielos, dice si estoy satisfecha! —exclamó la joven —. Hendrik, ¿es usted un mago?

—No del todo — contestó el hombrecillo con cierta tristeza en el acento—. Tendrá que perdonarme señorita Swan; para conseguir

ese resultado, he te nido que consumir un año de su vida.

Sylvia le miró con extrañeza.

—¿Qué es lo que dice, Hendrik?

—Luego se lo explicaré, señorita Swan —contestó el ser extraterrestre—. Ahora, lo que voy a hacer, en primer lugar, es proporcionarle ropas para cubrirse; no va a ir siempre con una sábana encima.

—Eso es cierto. ¿Y después, Hendrik? — quiso saber la joven.

—Tendré que prepararle una buena comida — sonrió el hombrecillo—. No hay que olvidar que ha estado un año sin probar bocado.

* * *

Rosa, la joven extraterrestre, miró por la ventana hacia afuera.

Por aquel lugar, la escapatoria resultaba imposible. Estaba en lo que los terrestres llamaban una cabaña de recreo, situada en las montañas, cuya fachada posterior, daba a un espantoso precipicio, de paredes verticales, que caían a plomo durante más de cien metros.

Ciertamente, la estancia disponía de una puerta, pero siempre había un hombre vigilándola. Rosa se sentía inerme.

Sus secuestradores la habían despojado del bolso, ignoraba aún los motivos. Sin duda era para evitar que, con lo que contenía en su interior, pudiera intentar la fuga.

Y lo malo era que tenían razón. Dentro del bolso estaba el controlador psicofísico, sin el cual Rosa 110 podía adoptar su figura nativa ni tampoco influir en las mentes de sus raptores.

La joven se preguntó qué pasaría si aquellos individuos perdían el tubo de control. Tendría que quedarse con aquella figura y con sus poderes mentales extraordinariamente limitados. Bien mirado, su nueva figura no le desagradaba en absoluto, pero la limitación de su fuerza psíquica ya era harina de otro costal. ¿No lo decían así los habitantes de aquel planeta?

Limitada su fuerza mental, quedaba limitado su poder morfológico. Aparte de otras virtudes no menos interesantes, a las cuales no podría recurrir en caso necesario. Y sólo quien no había poseído semejante fuerza psíquica podía ignorar cuánto se sentía el

no tenerla ya.

Por dicha razón, debía salir al menos de aquella habitación, para ver si encontraba el bolso. En caso contrario, escapar, como fuera; ya encontraría medios, aunque habría de emplear mucho tiempo, para construirse otro controlador.

La salida por la fachada posterior le estaba vedado. Tenía que intentarlo por el único sitio posible..., que era precisamente el que estaba guardado.

Reflexionó largo rato. Al fin llegó a la única conclusión posible: tenía que comportarse como una terrestre. ¿Qué habría hecho una mujer de aquel planeta para poder escapar?

Esperó pacientemente. Conocía las horas de las comidas. Uno de los secuestradores entraba con la bandeja, en tanto que el otro quedaba fuera, con la puerta cerrada o semicerrada en ocasiones. Todo dependía de la suerte...

Cuando Mack, «El Piernas», entró en la habitación, llevando en las manos la bandeja con comida, se encontró a la joven en la cama, durmiendo profundamente.

«El Piernas» dejó la bandeja sobre una mesita, medio vuelto de espaldas a la joven. Rosa le miraba a través de los párpados entreabiertos. La puerta estaba cerrada del todo o le faltaba muy poco.

El pecho de la joven subía y bajaba sosegadamente. Mack se acercó a la cama y se inclinó sobre ella, tocándola en un hombro.

—Señorita Kimper — llamó.

El puño de la joven se disparó de repente, con inusitada violencia. Sorprendido a contra pie, «El Piernas» puso los ojos en blanco y empezó a caer de lado.

Rosa alargó la mano a tiempo para asirlo antes de que tocase el suelo por completo. Pudo darse cuenta de que el secuestrador no había perdido del todo el conocimiento, aunque, por el momento, estaba lo suficientemente aturdido para no poder reaccionar.

Aferró al hombre y lo lanzó sobre la cama. Luego corrió hacia la puerta y agarró una silla que había junto a la misma.

Abrió de golpe. Ole Bengt estaba apoyado con aspecto negligente, limpiándose las uñas con una astilla de madera. Rosa apretó las manos sobre el respaldo de la silla y dio un paso hacia adelante.

—¡ Eh! — llamó.

Bengt volvió la cabeza y se enderezó. En el mismo momento, la silla se abatía sobre su cráneo.

El raptor gruñó. La silla no se había roto al primer golpe, pero saltó en astillas al segundo. Bengt cayó redondo al suelo.

Rosa se inclinó y recogió una pata, echando luego a correr hacia la puerta más cercana. Abrió con cuidado; dos hombres más estaban jugando a las cartas en una sala decorada con gusto.

«Ojo de Nube» y Cavito no se habían percatado de nada, tal vez por la perfecta insonorización de los tabiques. Rosa no perdió tiempo en reflexiones ni intimaciones.

Salió corriendo. «Ojo de Nube» fue el primero en verla.

— ¡ Cuidado, Tony! — gritó.

El palo se abatió sobre la cabeza de Cavito con seco chasquido, Cavito cayó de lado.

«Ojo de Nube» se puso en pie, retrocedió un paso y metió la mano dentro de su cazadora. Rosa usó ahora el palo como una espada y se lo hundió en el estómago.

El raptor gruñó de dolor. Rosa le golpeó en la frente y «Ojo de Nube» dejó de interesarse por las cosas terrenales.

El paso estaba libre. Rosa corrió hacia la puerta y la abrió. Ante ella se extendía un sendero abierto entre el bosque.

Se lanzó a una veloz carrera. Había podido deducir que, aun relativamente aislada, la cabaña no era la única en aquella zona montañosa. En otra cabaña podría hallar acaso lo que necesitaba.

El sendero descendía por una pendiente bastante pronunciada, serpenteado por la ladera de la montaña. Quinientos metros más adelante, había una bifurcación de caminos.

Rosa tomó la primera que le pareció, sin darse cuenta de que se equivocaba. Minutos después, apreció que el nuevo sendero subía por la ladera de otra montaña.

Tal vez había un paso al otro lado, dedujo. Corrió un poco más y, de repente, divisó una cabaña entre los árboles.

Aceleró su paso y salió al claro es donde se hallaba la cabaña. Ésta, construida parcialmente sobre pilotes, apoyaba su parte posterior en la falda de la montaña. Un arroyo de aguas espumantes saltaba de roca en roca, pasaba junto al edificio y se perdía luego hacia el lejano valle.

Una escalera de peldaños voladizos permitía el acceso a la cabaña. Rosa subió por la escalera con suma cautela; no sabía con quién podía encontrarse en aquel lugar.

Llegó a la puerta y abrió. Penetró en el interior.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Nadie contestó a sus llamadas. Frunciendo el ceño, Rosa avanzó unos pasos, cruzó la sala y abrió la puerta siguiente.

Quedó unos momentos bajo el dintel, contemplando con ojos atónitos lo que había en aquella estancia. Al cabo de unos minutes, sus labios se distendieron en una suave sonrisa.

—Bien, ¿no son los terrestres quienes dicen que su mundo es un pañuelo? — murmuró.

Giró sobre sus talones y volvió a la sala, disponiéndose a esperar. No tenía prisas; ya había encontrado a la persona que buscaba.

VI

Al cabo de tres días, Jimmy De Soto llegó a una amarga y desoladora conclusión: Hendrik y la señorita Swan habían desaparecido juntos.

Por supuesto, la señorita Swan había ayudado a Hendrik a desaparecer, ya que no a escapar del edificio. La secretaria había sido siempre una mujer reservada; no había más que recordar que él ignoraba siquiera cómo se llamaba y dónde vivía.

En aquellos tres días, sin embargo, había conseguido averiguar tales datos. La señorita Swan no había vuelto por su domicilio desde la tarde de su desaparición.

—¿Dónde podía estar?

Si se había puesto de acuerdo con Hendrik para esconderle del acoso y persecución de Rosa, había debido de buscar un buen lugar

donde no pudieran ser hallados. Y, ¿dónde había un escondite que reuniese semejantes condiciones?

De pronto chasqueó los dedos.

—¡Ya está! — exclamó —. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

En cierta ocasión, descansando en las montañas, había sufrido un ligero accidente. La señorita Swan había debido de desplazarse hasta su retiro, a fin de llevarle la correspondencia y recibir instrucciones. La secretaria, por tanto, conocía su retiro.

—¿Qué mejor sitio que aquél para esconderse?

Sonrió triunfalmente. Hendrik y la señorita estaban en su cabaña de las montañas. Bueno, iría allí a buscarlos y haría que Hendrik le explicase por completo sus problemas con la bella teniente de policía de Kegrelvenik.

Hizo una mueca.

—Es bella porque tiene forma terrestre, pero habrá que verla con su figura natural —rezongó.

Y, poniéndose en pie, se dispuso a abandonar el despacho.

En aquel instante, llamaron a la puerta.

* * *

Rosaura Kimper estaba de pie, al lado de su padre, en el lujoso despacho desde donde el financiero dirigía las operaciones de su poderosa flota de astronaves.

Los dos tenían la vista fija en el visófono que había sobre la mesa. El zumbador sonó de pronto, cuando en el reloj de pared que había en un ángulo de la estancia, daba la primera de las nueve campanadas matutinas.

Kimper manejó el interruptor. La pantalla apareció en blanco.

—Habla Kimper —dijo el financiero—. ¿Quién es usted?

No importa eso ahora — contestó una voz gruesa, evidentemente desfigurada—. Sólo queremos saber la respuesta a nuestra misiva de ayer por la noche.

Kimper sonrió, a la vez que hacía un gesto.

—He aquí mi respuesta — dijo, y se ladeó un poco, para que el rostro de su hija pudiera aparecer en la otra pantalla—. ¿De dónde ha sacado usted que mi hija ha sido secuestrada, pedazo de idiota?

Se oyó una exclamación ahogada. Kimper lanzó una sonora carcajada.

—¡Adiós, imbécil! — dijo, y cortó la comunicación.

¿Es todo por ahora, papá? —preguntó la muchacha.

—Sí, claro, aunque estoy bastante preocupado...

Rosaura se inclinó hacia él y le besó en la frente.

—Algún bromista —opinó—. Dispénsame, papá; tengo que salir.

Se dirigió con paso largo y fácil hacia la puerta. Kimper levantó una mano.

—Ten cuidado, hija —advirtió—. Quizás ese rufián intente de veras...

Ella sonrió, a la vez que palmeaba su bolso.

—No tendrá tiempo de intentar nada contra mí — respondió—. Voy bien armada. Descuida, papá, no podrá hacerme el menor daño.

Muy bien, pero tenme en todo momento al corriente de tus movimientos.

—Desde luego.

Rosaura salió. Kimper se reclinó en una silla y miró al techo con expresión pensativa.

Había tres hombres que querían apoderarse del control de su compañía. Uno de los tres era el que había organizado aquel disparatado plan para forzarle a vender las acciones. ¿Cuál de los tres era?

Tendría que estudiarlo detenidamente, se dijo al cabo de unos minutos de profunda meditación.

* * *

Jimmy parpadeó asombrado al ver la hermosa joven que esperaba en el umbral de la puerta.

—¡ Usted! — dijo.

La misma — contestó Rosaura, sonriendo —. ¿Puedo pasar, doctor?

Entre —contestó el joven, echándose a un lado —. ¿Qué, ha encontrado ya a Hendrik, teniente?

Rosaura se volvió y le miró con sorpresa.

—¿Todavía sigue empeñado en esa absurda teoría, doctor? —exclamó—. He realizado algunas investigaciones acerca de su

personalidad y llegué a la conclusión de que es una persona ponderada y equilibrada, aparte de su fama como geneticista. ¿Qué le ocurre ahora, acaso el exceso de trabajo le hace desvariar?

Jimmy frunció el ceño.

—Rosa, no volvamos a las andadas — gruñó —. De una vez por todas, dígame si ha encontrado o no a Hendrik.

Doctor De Soto, me gustaría hacerle comprender de alguna manera irrefutable, que yo no soy esa Rosa por la cual parece sentir tanto interés, ni he sido jamás teniente de policía ni conozco a nadie llamado Hendrik. ¿Puede indicarme el medio para persuadirle de que lo que digo es la pura verdad?

Jimmy se quedó mirando a la joven con expresión pensativa.

—Venga a mi despacho — dijo por fin.

Rosaura le siguió. Jimmy le indicó una butaca y luego sacó una botella y dos copas.

—La hora es temprana, pero ambos lo necesitamos — dijo, entregándole una de las copas.

Él despachó la suya de un trago. Luego, reclinándose un poco sobre la mesa, aunque sin sentarse, miró a la hermosa joven.

—¿Quién es usted? — preguntó.

Rosaura Kimper, hija de Philip M. Kimper, llamado por algunos el rey de los transportes astronáuticos. ¿Quiere que le enseñe mi documentación personal, doctor? — respondió ella.

Jimmy levantó la mano.

—No es necesario —contestó—. Creo... que empiezo a creerla a usted.

—¿Cómo?

Rosa vino a la tierra — murmuró él, como si hablase consigo mismo—. Naturalmente, no iba a moverse con su aspecto normal, así que buscó una persona a la cual parecerse... ¡ Espere un momento!

Salió corriendo del despacho y volvió a los pocos momentos con una revista ilustrada en la mano. La figura de Rosaura aparecía en la portada.

—Empiezo a convencerme —dijo, a la vez que la miraba sonriendo.

¿De qué está hablando? —preguntó la joven, desconcertada—. ¿Quién vino a la tierra...?

Señorita Kimper, esto es un poco largo de contar y, muy difícil de creer. Pero esa chica… me refiero a Rosa, no ha nacido en la Tierra y, sin embargo, es su doble, un doble perfecto, créame.

¿Cómo? ¿Habla usted en serio? —se asombró la muchacha.

No puedo exponerlo en público, porque me encerrarían inmediatamente en una casa de salud. Durante cinco años, he tenido como ayudante principal a un ser extraterrestre, el llamado Hendrik, que tanto le ha chocado a usted. Rosa es un oficial de policía de su planeta, llamado Kegrelvenik, que ha venido en busca de Hendrik, aunque ignoro las razones. Naturalmente, no voy a pedirle que me crea…, pero es la pura verdad.

Rosaura le escuchaba con la boca abierta.

—Un ser extraterrestre… ha vivido cinco años a su lado… y nadie lo ha sabido…

Bueno, sí, una persona, mi secretaria, pero es como si fuese de piedra. Podemos tener plena confianza en ella; no me traicionará… aunque sí ha ayudado a Hendrik a dar esquinazo a Rosa.

¿Y dice que esa joven, Rosa… como se llame, se me parece de modo extraordinario?

Más que si fuesen gemelas. Sospecho que vio su fotografía cuando llegó a la Tierra, le gustó su aspecto y lo adoptó sin más trámites, eso es todo.

Rosaura se pasó una mano por la frente.

—Estoy aturdida, doctor. Usted parece hallarse en su sano juicio, pero yo no entiendo cómo una persona puede tomar el aspecto de otra, a menos que se trate de una operación quirúrgica larga y costosísima.

Bueno, Rosa, como Hendrik, posee lo que se llama la facultad del polimorfismo a voluntad, así que no hay tal cambio de figura por medios quirúrgicos, sino psíquicos.

Lo cual significa que, si quisiera, se parecería a otra.

—Claro.

Rosaura se mordió los labios.

—Creo que empiezo a comprender — dijo.

—¿Cómo? —preguntó el joven cortésmente.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Doctor, anoche recibió mi padre una carta, en la que se decía que yo estaba en poder de unos secuestradores. A cambio de mi

libertad, debía ceder el control total de su empresa. Esta mañana llamaron para confirmar la respuesta, pero lo único que hicimos fue mostrarme ante el objetivo de la cámara visofonica. Imagino que el jefe de los secuestradores, porque es de suponer que fuera él, debió llevarse la gran sorpresa de su vida.

—Creerá que ha conseguido escaparse.

—Es posible. Pero ahora ya no hay duda de que Rosa ha sido la secuestrada, si tanto se me parece.

Jimmy se echó a reír.

No arriendo la ganancia a los secuestradores — dijo —. Cuando se les muestre en su verdadero aspecto, se caerán al suelo muertos de miedo.

¿Cómo es su aspecto auténtico? —preguntó Rosaura.

Bueno no lo sé. Hendrik se me apareció siempre con figura terrestre, aunque a veces se descontrolaba y sacaba un brazo del costado o se ponía a flotar por el aire. Pero Rosa me pareció, valga la frase, menos despistada que Hendrik, mucho más dueña de su control psíquico, que es con el que dominan su facultad polifórmica.

Es increíble —murmuró Rosaura—. ¿Se imagina usted lo que sucedería, si la gente se enterase de que hay dos seres extraterrestres en nuestro planeta?

—Sí, aunque no hay necesidad de hacerlo público,

Claro — contestó ella —. Y dice que busca a Hendrik.

—Sí, pero sospecho que mi secretaria lo escondió.

—¿Dónde?

Precisamente ahora me dirigía a comprobarlo. Tengo una cabaña de recreo en las montañas. La señorita Swan..., mi secretaria, se lo habrá llevado allí.

—Hendrik no se quería ir con Rosa, ¿verdad?

—Al parecer —sonrió Jimmy—, porque captó su presencia en mi despacho y se largó por una de las ventanas del laboratorio. Sacaría algunos tentáculos con ventosas, llegaría a la azotea y...

Comprendo. —Los ojos de Rosaura brillaron de pronto—. Debe de tratarse de una aventura emocionante. ¿Me deja que le acompañe, doctor?

Jimmy dudó. Rosaura añadió:

—Tengo mi aeromóvil en la terraza del edificio.

Muy bien —accedió él—. Iremos a las montañas.

Rosaura se puso en pie.

—Deje que hable un momento con mi padre, por favor.

Se acercó a la mesa, marcó un número y esperó unos instantes.

La imagen del financiero apareció a poco en la pantalla.

—Hola, hija —saludó—. ¿Estás bien?

Sí, papá — contestó la muchacha —. Óyeme un momento; salgo de viaje. Volveré a la noche, creo.

—¿Adónde vas, Rosaura?

A las montañas, con un amigo, el doctor De Soto. Te lo presentaré, papá. Acérquese a la pantalla, doctor — rogó ella.

—¿Qué tal, señor Kimper? —saludó el joven.

Kimper le escrutó durante unos momentos.

—Parece persona decente — aprobó al cabo —. Joven, cuide de mi hija o le desollaré vivo, si le sucede algo.

Puede estar tranquilo, señor; no le sucederá nada a su hija, al menos, mientras esté a mi lado.

Eso espero —contestó Kimper. Y de nuevo Rosaura se enfrentó con él.

—Papá —dijo—, creo que ya tengo la solución para ese intento de extorsión a que han querido someterte.

—¿Cómo?

Sí. Parece ser que han raptado a una joven que se me asemeja extraordinariamente, lo cual ha motivado la confusión de los secuestradores. Pero ahora no tengo tiempo de darte más explicaciones. Te veré a la noche. Hasta luego.— Y cortó la comunicación, volviéndose en seguida hacia el joven—. Estoy lista, Jimmy.

—Muy bien, cuando usted guste.

Salieron del despacho. Antes de llegar a la puerta, ella se detuvo y dijo:

—Me gustaría poder salvar a mi doble, Jimmy.

Oh, Rosa no me preocupa en absoluto — contestó él, sonriendo —. Quienes me preocupan son sus raptores. Cuando ella empiece a actuar… bueno, no me gustaría estar en su pellejo, créame.

VII

Una vez terminada la comida, Sylvia Swan miró a Hendrik y dijo:

—Bien, ¿cuándo llegan las explicaciones, Hendrik?

Ahora mismo, señorita Swan —respondió el hombrecillo—. Seré breve, aunque me imagino que lo que más le interesa es saber por qué he agregado un año a su edad.

Bueno, con la figura que tengo ahora, tener veintiséis o veintisiete años, poco importa —sonrió ella —. Hable, Hendrik.

Ustedes, los terrestres, no poseen las cualidades polimórficas de nuestra raza —declaró Hendrik—. Ciertamente, pueden cambiar de forma, como así ha sido, en su caso, aunque a costa de largas y delicadas operaciones. Su caso no tenía nada de fácil; he tenido que cambiar, incluso, la estructura ósea... ahora es más ancha de hombros y eso entraña también la modificación de algunos órganos internos, como puede comprender, modificación que, naturalmente, se refiere tan sólo a su tamaño. Su cavidad torácica es añora algo más grande que antes, la pelvis es algo mayor...

Sí —convino Sylvia con amargura—, antes era un mazo de alambres con faldas. Siga, Hendrik, por favor.

Lo de menos era el rostro —manifestó el hombrecillo —. Sus manos no tenían nada de finas...

Y no digamos los pies; parecían de pato —dijo ella, mirándose ahora, complacida, sus esbeltas extremidades inferiores.

En efecto, tuve que hacer muchas modificaciones. Y esto consumía tiempo.

Un año. Pero es raro que no nos haya encontrado nadie en ese plazo de tiempo, Hendrik. De cuando en cuando, el doctor De Soto venía a pasar algunos días de descanso en las montañas, cazando y pescando. ¿Cómo es posible que...?

Hendrik sonrió.

—La cosa es un tanto difícil de explicar, señorita Swan — dijo

—. No obstante, trataré de hacerlo lo mejor posible. Dentro de la cabaña, en efecto, ha transcurrido un año, que es el tiempo que yo he necesitado para su transformación morfológica. Pero afuera sólo han pasado tres días.

Sylvia respingó.

—¿Cómo, Hendrik? —exclamó.

Sí. Estuvimos sumidos en un tiempo subjetivo, en donde los minutos, las horas y los días transcurrían, con respecto al tiempo objetivo, con velocidad más de cien veces superior. Recordará que, cuando le dije que necesitaba empezar a operar, la anestesié.

Sí, me dormí y cuando me desperté era… como soy ahora.

—Bien, entonces tuve que empezar a preparar una serie de instrumentos y máquinas de los cuales carecía. Lo primero que tuve que hacer fue construir el acelerador de campos temporales; no podía pasar un año objetivo para realizar su transformación. Una vez construido ese acelerador, creé un campo de tiempo subjetivo en el interior de la cabaña… y empecé a trabajar.

«No ha venido nadie aquí durante estos tres días, pero si alguien me hubiera visto moverme a través de una ventana, sólo habría podido divisar una confusa mancha, desplazándose vertiginosamente de un lado para otro o si movía los brazos… ¿Ha observado alguna vez las alas de un moscardón manteniéndose en vuelo sobre una flor?

Sylvia asintió, muy impresionada por lo que estaba oyendo. Hendrik sonrió y dijo:

—Levante su brazo, por favor.

Ella obedeció.

—Ya está —dijo.

—Bien, puede bajarlo. En el primer movimiento, ha debido emplear usted de un tercio a medio segundo. Ahora, imagínese ese movimiento con una velocidad ciento veinte veces superior, que es lo que corresponde en relación con los dos tiempos, el objetivo, que sería el de ese hipotético observador exterior, y el subjetivo, que era el existente en el interior de la cabaña. Sin embargo, ni usted ni yo habríamos notado nada, puesto, que, al estar inmersos en el campo de tiempo subjetivo, nuestros movimientos y acciones «e desarrollaban con la normalidad referida a ese tiempo.

—Comprendo. Aquí dentro pasaban dos minutos, mientras en el

exterior sólo transcurría un segundo.

—Exactamente. Usted, en dos minutos, puede hacer muchas cosas. Hágalas todas en un segundo.

Tendría que moverme como... como... —Sylvia no encontraba la expresión exacta.

Una persona, a paso normal, recorre un kilómetro en diez minutos. La quinta parte de ese espacio son doscientos metros y le costará dos minutos a ese hombre. Ahora, imagíneselo usted recorriendo los doscientos metros en un segundo o el kilómetro en cinco.

Sylvia hizo un rápido cálculo.

—Doce kilómetros en un minuto... lo que representa una velocidad de setecientos veinte a la hora.

Justamente, pero esa persona no habría podido desarrollar tal velocidad en el exterior, dado que no es posible crear un campo de tiempo subjetivo de excesivo tamaño. A los dos segundos, se habría salido de los límites de ese campo y pasado al tiempo objetivo, posiblemente, con graves consecuencias.

El frenazo de setecientos veinte kilómetros a la hora a los seis en ese mismo espacio de tiempo. Se habría matado — dictaminó Sylvia.

—Desde luego — convino Hendrik.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto, Sylvia se levantó y pasó a la habitación contigua.

Una vez más, se contempló en el espejo. No cabía la menor duda de que Hendrik había realizado una labor perfecta.

Se sintió orgullosa de su nueva silueta: el cuello, antes delgado y peduncular, era ahora propio del animal cuyo nombre ostentaba en apellido; el busto, firme y arrogante; la cintura, delgada y flexible; las esbeltas caderas, las piernas largas y torneadas; los ojos, grandes y rasgados, en lugar de las diminutas bolitas de su rostro anterior...

Pero había algo que no acababa de agradarle por completo.

—Hendrik —llamó.

—¿Sí, señorita Swan?

El hombrecillo apareció en el umbral de la puerta.

—Hay una cosa que no me gusta, Hendrik — dijo Sylvia sin rodeos—. El cuerpo no tiene ni una sola línea que deba ser rectificada. Pero la cara...

—¿Qué le pasa a la cara? —preguntó Hendrik, angustiado—. ¿Es que no le gusta, señorita Swan?

—Bueno, es muy hermosa, todo hay que reconocerlo. Pero es la de una mujer de bastante fama, muy conocida en ciertos medios sociales...

—Como vi que contemplaba su retrato en aquella revista, me dije que estaba pensando en que le gustaría poseer aquel rostro —explicó Hendrik.

—Sí, desde luego, pero, en el futuro, podría prestarse a graves confusiones. ¿No habría modo de arreglarlo, Hendrik?

—¿Qué rostro querría usted tener? —preguntó el hombrecillo.

—Bueno, modificar un poco o... ¿No podría hacer que tuviera mi misma cara?

—¿Qué? —respingó Hendrik.

—Espere, no he sabido explicarme bien. Quiero decir, la cara que tenía antes, pero embellecida.

—Ah, ya entiendo. Sí, podría hacerse, desde luego, señorita Swan.

—¿Qué tiempo emplearía, Hendrik?

—Un par de semanas, en tiempo subjetivo, claro. En tiempo normal, ciento veinte veces menos.

—Dos horas y cuarenta y ocho minutos —calculó Sylvia.

—Naturalmente, tendríamos que añadir el tiempo de anestesia y posterior recuperación. Pongamos seis horas en total, señorita Swan.

Sylvia se volvió hacia él con rapidez.

—¿A qué esperamos, Hendrik? —exclamó.

—Un momento —contestó el hombrecillo—. He agotado algunos... materiales. Necesitaría adquirirlos y no puedo hacerlo aquí, en las montañas.

—¿Tiene que volver a la ciudad?

—Sí, pero a media tarde estaría ya de regreso.

Muy bien. — Sylvia tomó las manos del hombrecillo —. Hendrik, una vez que haya modificado de nuevo mi rostro, ya no le pediré nada más. Y, créame, toda la vida le estaré agradecida.

Hendrik sonrió.

—¡ Cómo me gustaría ser terrestre! — suspiró.

¿Por qué no adopta una forma definitiva y se queda para

siempre con nosotros? —sugirió la muchacha.

Hendrik meneó la cabeza, a la vez que soltaba sus manos de las de Sylvia.

—No puede ser, señorita Swan —contestó de manera evasiva—. Espéreme aquí, por favor; volveré a la tarde, como le he dicho antes.

Muy bien —contestó ella, sin querer preguntar a Hendrik por las razones de su negativa, que estimó debían de ser poderosas—. Oiga, ¿podré pasear un poco por el exterior? —preguntó, cuando el hombrecillo se disponía ya a salir.

Claro. Pero no se aleje demasiado —recomendó Hendrik.

Momentos después, Hendrik partía hacia la ciudad en el aeromóvil que había conducido a Sylvia hasta aquel lugar. La joven le contempló con cierta expresión de satisfecha melancolía.

Al cabo de un rato, salió de la cabaña. Extendió los brazos y se llenó los pulmones del aire puro y embalsamado de las montañas.

Sentíase casi feliz. Tenía una nueva figura y pronto tendría su rostro definitivo. La misma cara, pero considerablemente mejorada.

¿Qué diría el doctor De Soto cuando la viese transformada de aquel modo?

Se ruborizó, sólo de pensarlo.

Caminó lentamente por el sendero, abstraída en sus pensamientos, sin darse cuenta de que perdía la cabaña de vista. Luego se adentró por el bosque.

Oyó unos gritos y miró en tomo suyo. ¿Quiénes eran los que gritaban?

¿Había ocurrido algún accidente?

De pronto, un hombre apareció ante ella.

Era alto y muy fornido. En un lado de su frente se veía una grieta, de la que había salido la sangre no hacía mucho.

—¿Está herido? —preguntó Sylvia, solícita.

—Dice que si estoy herido — gruñó, mientras avanzaba hacia ella.

Sylvia empezó a sentir miedo. La expresión de aquel sujeto le infundió un pánico horroroso.

—Oiga, yo…

Bengt saltó de pronto hacia ella y la agarró por un brazo.

—Vamos preciosa, no intentes escapar — dijo —. Una vez,

pudiste sorprendemos; no lo conseguirás la segunda.

—¡ Suélteme, suélteme! — chilló la joven, forcejeando con desesperación.

Pero en manos del robusto individuo era poco menos que una pluma. Bengt se la cargó al hombro, pese a su desesperada resistencia, y echó a andar a través del bosque.

—¡ Eh, muchachos! — gritó a unos desconocidos, a los que Sylvia no podía ver—. ¡Ya la tengo! ¡Está aquí, conmigo! ¡ Volved todos a la cabaña, pronto!

VIII

Jack «El Lobo» tenía la mirada fija en el fonovisor situado al alcance de su mano. La llamada empezaba a retrasarse.

—Si ese tipo no cumple su palabra... —gruñó.

El zumbador sonó de pronto. La mano de «El Lobo» se movió con presteza.

—Hable —dijo.

¡ Estúpido! — le apostrofó el hombre que se ocultaba tras la hoja de papel—. De modo que ya tenía la «mercancía» en su poder, ¿eh?

Jack «El Lobo» se quedó atónito.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Es que duda de mi palabra? — protestó indignado.

Claro que sí, pedazo de imbécil. Hace un momento hablé con... bueno, con su padre y ella estaba a su lado. La vi yo mismo, así que no hay duda sobre el particular. ¿Pretendía estafarme?

Un momento, un momento —dijo «El Lobo», que no entendía muy bien lo que el sujeto le estaba diciendo—. Usted manifiesta haber visto a... la «mercancía» en compañía de su padre.

Sí, y no hace aún cinco minutos. ¿Por qué dijo que la tenía en su

poder, si no es verdad?

«El Lobo» reflexionó unos momentos.

—Por favor —dijo—, ¿quiere llamarme dentro de diez minutos? Entonces le daré una respuesta definitiva. Si me equivoco, estoy dispuesto a devolverle el anticipo que me dio. ¿Quiere mayor prueba de mi buena fe?

El desconocido vaciló un poco.

—El dinero no me importa tanto como la «mercancía» — gruñó.

A mí, en cambio, lo que me importa es el dinero y no la «mercancía» —dijo «El Lobo» un tanto enojado—. Llámeme de nuevo dentro de diez minutos, por favor.

Está bien, pero si no es así, desharé el trato y buscaré a otros que lo hagan mejor que ustedes.

La pantalla se apagó. «El Lobo» sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que le corría por la frente.

Era indudable que el desconocido decía la verdad. Había visto a Rosaura, pero él había hablado con sus compinches muy temprano y le habían dicho que la joven seguía aún prisionera.

No podía ser; no había tiempo para que Rosaura hubiera escapado y vuelto al lado de su padre. Lo que sucedía estaba claro como el agua.

Kimper era un tipo listo. A fin de no ceder, había contratado a una doble, para engañar a su adversario. ¿No usaba éste una máscara que lo disfrazaba totalmente?

¿Pues lo mismo había hecho Kimper con alguna joven, colocándole una máscara con las facciones de su hija! Así, mientras tanto, ganaba tiempo y...

Rabioso se levantó y se dirigió hacia un transmisor de radio que había en un rincón de la estancia.

Dio el contacto y esperó.

—Aquí «Roca Cinco» —contestó una voz, que «El Lobo» identificó en el acto como la de Bengt—. Todo sin novedad, jefe.

¿Seguro? —preguntó «El Lobo» con recelo—. ¿Está ahí, con vosotros?

Bengt no quiso mencionar a su jefe el intento de evasión de la prisionera. A veces «El Lobo» tenía muy malas pulgas.

—La tengo delante de mí, jefe —contestó—. Los otros están conmigo. ¿Es que no se fía?

Sí, desde luego. Bueno, seguid allí; es posible que vaya a veros después de mediodía. Hasta luego.

Cerró la comunicación y se sentó de nuevo ante el visófono.

El desconocido le llamó pasado el plazo convenido.

—¿Y bien? —preguntó con voz impaciente.

La «mercancía» sigue en nuestro poder —contestó «El Lobo» tajantemente—. Ahora bien, hicimos un trato y ya es hora de que se cumpla. O entrega la suma convenida o… la «vendemos» nosotros por nuestra cuenta.

Tendrá el dinero —aseguró el hombre—. ¿Dónde está ella?

«El Lobo sonrió.

—¿Cree que voy a decírselo así como así? Escuche, venga a mi casa con la «pasta». Luego le acompañaré al «almacén» donde guardamos la «mercancía» y haremos el trueque. Si le parece bien… y si no…

De acuerdo. Estaré ahí a las dos en punto de la tarde. Pero, ¿cómo diablos pude ver yo a…?

«El Lobo» se echó a reír.

—¿Es que no ha oído hablar nunca de los dobles cinematográficos? —contestó—. Kimper le engañó, eso es todo.

Y, satisfecho, saboreando ya por anticipado los placeres que le iba a proporcionar el dinero del rescate, cortó la comunicación.

* * *

El aeromóvil en que viajaban Jimmy y Rosaura describió un graciosa curva en el aire y aterrizó junto a la cabaña, en la explanada destinada a tal fin.

Jimmy saltó al suelo y ofreció su mano a la joven, para ayudarla a apearse.

—Ésa es mi cabaña de recreo — dijo, satisfecho.

Me agrada. El arquitecto tuvo buen gusto — alabó Rosaura.

Se lo diré a mi padre cuando lo vea —sonrió Jimmy—. De todas formas, gracias en nombre suyo.

—¿No vive su padre en la ciudad?

Ahora está construyendo una ciudad cupular en Saturno. Mi madre está con él —respondió el joven—. ¿Vamos?

Subieron la escalera. Jimmy abrió la puerta y Rosaura cruzó el

umbral. Jimmy pasó a continuación.

Los dos se detuvieron en el acto. Rosaura abrió los ojos desmesuradamente.

—Es increíble —murmuró.

A Jimmy no le extrañó tanto. A pesar de todo, se sentía admirado.

Rosa dormía apaciblemente en un cómodo sillón, con la mejilla apoyada en una mano. Su pecho ascendía y descendía con movimientos acompasados.

—¿Y dice usted que es una mujer extraterrestre? — murmuró Rosaura.

—Sí —contestó Jimmy.

—Pues nadie lo diría. Dejando a un lado el exacto parecido conmigo...

Rosa abrió los ojos en aquel momento. Al ver a dos personas extrañas en la estancia, se puso en pie.

Pero casi en el acto reconoció al joven.

—¡ Doctor! — exclamó.

—El mismo —sonrió Jimmy—. Rosa, le presento a Rosaura Kimper, su original. Rosaura, la teniente... bueno, Rosa de Kegrelvenik, así queda mejor.

Las dos mujeres se saludaron con cierta fría corrección. Jimmy se dijo, viéndolas, que, de haber bebido una sola copa en aquel momento, hubiera pensado que se trataba de un licor de efectos infernales.

—No esperaba encontrarla a usted aquí, R.osa — declaró —. ¿Cómo ha descubierto mi cabaña?

—Su cabaña? — repitió ella, extrañada.

—Sí, desde luego... Ah, olvidaba sus formidables poderes. ¿Ha encontrado a Hendrik?

—No está aquí, aunque sé que ha estado. Pero si yo he venido a su cabaña, ha sido por pura casualidad.

—No me diga — contestó el joven con acento de escepticismo —. ¿Quién, conociéndola a usted, podría creer una cosa semejante?

—Comprendo sus dudas — respondió Rosa —, pero puedo decirle algo que las disipará en el acto. ¿Recuerda mi visita a su laboratorio?

—Aún me duele la cabeza del porrazo que me pegaron— gruñó

el joven—. ¿Así actúa la policía de Kegrelvenik?

—No eran policías de mi planeta, sino unos vulgares rufianes terrestres, que me raptaron y en cuyo poder he permanecido tres días — declaró Rosa.

¡Cielos! —exclamó Rosaura—. Ahora se comprende la confusión.

Sí, es cierto —convino la otra joven—. Ellos me llamaban siempre por su nombre.

Para mí, la confusión sigue todavía —gruñó Jimmy—. ¿Pueden explicarme qué sucede?

Me raptaron en lugar de la señorita Kimper; eso es todo —.declaró Rosa.

Y yo lo comprendo ahora, recordando que hace tres días estuve en el mismo edificio, para visitar a una amiga — manifestó Rosa.

Claro, los secuestradores, debían de tener ya preparado su plan y en cuanto la vieron entrar… — murmuró Jimmy—. Pero se equivocaron de persona.

Y ahora, no tienen a ninguna de las dos en su poder — sonrió Rosaura con expresión satisfecha.

Jimmy se volvió hacia ella.

—¿Por qué querían secuestrarla? —preguntó.

Hay tres hombres que quieren hacerse con el control de la compañía de mi padre — explicó Rosaura—. Puesto que no pueden hacerlo por medios legales, recurrieron a otros… no tan legales, claro. Bien, debo aclarar que mi padre sospecha que es uno solo el que ha ideado este plan, pero como son tres los que ambicionan la misma cosa, no puede adivinar cuál de los tres pagó a los secuestradores.

Comprendo, pero ahora usted está libre. Y Rosa, su doble involuntario, también

Conseguí escapar esta mañana —dijo la aludida—. Encontré esta cabaña por casualidad y me senté a esperar. Debí quedarme dormida sin darme cuenta.

¿A quién esperaba usted? —preguntó Jimmy con intención.

—¿Es que no se lo figura? —respondió ella.

—Sí, pero no veo que Hendrik esté aquí.

Habrá salido, aunque ignoro dónde. Sin embargo, existen pruebas irrefutables de su estancia en la casa. Y no solo, precisamente.

Jimmy se volvió hacia Rosaura.

—Con la señorita Swan, mi secretaria —aclaró.

Jimmy había contado a la joven algunas particularidades del hombrecillo. Rosaura ya estaba impuesta de su historia.

—¿Y para qué se trajo aquí a su secretaria? —preguntó.

Diga más bien para qué se trajo ella a Hendrik — contestó el joven—. Pero eso tiene una explicación.

Miró a Rosa. La joven extraterrestre se sonrojó.

—Tengo que llevármelo —contestó.

Si Hendrik no quiere irse de aquí, usted no podrá obligarlo —manifestó Jimmy con decisión—. Pero ése es un asunto que puede esperar por el momento. ¿Ha examinado bien la casa?

—Sí, no están ninguno de los dos.

¿Dónde se habrán ido? —murmuró el joven, meditabundo.

Hendrik terminó su tarea y la señorita Swan se marchó con él, así de sencillo —respondió Rosa.

—¿Qué tarea? —preguntó Rosaura.

La joven extraterrestre sonrió.

—Imagino que Hendrik quiso recompensar a su secretaria de alguna forma la ayuda que ella le había prestado. La pobre chica no tenía una figura lo que se dice atractiva.

Jimmy respingó.

—¡Demonios! ¿Quiere decir que... Hendrik ha embellecido a la señorita Swan?

Justamente. Ahí, en la habitación de al lado, montó su laboratorio. Muy completo, por cierto; la señorita Swan debe ser ahora lo que ustedes, los terrestres, llaman un bombón. Como Rosaura.

Jimmy sonrió beatíficamente.

Un bombón —repitió—. Lo contenta que se habrá puesto la pobrecilla. Era muy buena, activa, inteligente, honesta... si ahora es hasta guapa, tendrá los admiradores a cientos.

Y usted el primero, doctor — dijo Rosa con malicia.

Claro que sí. Pero... ¿sólo en tres días consiguió Hendrik tal modificación? En mi laboratorio hacía verdaderas diabluras con los animales, pero ahora se trataba de una persona...

Oh, lo primero que hizo fue montar un acelerador de tiempo —contestó Rosa—. De este modo, dispuso del suficiente para su

labor.

Jimmy se quedó atónito.

¡Acelerador de tiempo! ¿Qué es eso? —preguntó.

Rosa le dio una cumplida explicación de las propiedades del laboratorio montado allí por Hendrik, Al terminar, Jimmy meneó la cabeza.

Son ustedes el mismísimo demonio —dijo—. ¿Podríamos verlo?

—Claro. Vengan por aquí.

Rosa les guió hasta la habitación contigua. Jimmy estaba muy asombrado al contemplar la serie de aparatos que Hendrik había construido en un plazo increíble de tiempo.

Primero debió de construir la estación productora de tiempo subjetivo, o acelerador, tanto da — opinó Rosa—. Luego empezó a trabajar con la señorita Swan y...

¿Qué aspecto le dada? —preguntó Rosaura, perpleja y asombrada.

Rosa se encogió de hombros.

—No lo sé. Una chica joven y guapa, desde luego...

En aquel momento, Jimmy reparó en unos papeles que habían sobre una mesa. Por debajo de los mismos, asomaba lo que le pareció la portada de una revista.

Caminó hacia la mesa, apartó los papeles y levantó la revista. Las dos mujeres le contemplaron con gesto estupefacto.

Jimmy dijo:

Delante de mí, tengo dos jóvenes exactamente iguales. Pero ¡que me ahorquen si ese condenado Hendrik no ha dado a mi secretaria el aspecto de Rosaura!

La muchacha aludida buscó una silla. Las piernas le fallaban.

Jimmy... ¿quiere eso decir que... ahora somos tres las que tenemos el mismo rostro, la mismo figura... todo, en fin, exactamente igual?

Jimmy miró a la otra joven.

—¿Rosa?

Estoy segura de que es así — confirmó la extra—terrestre.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Jimmy preguntó:

Bueno, y ¿dónde diablos se ha metido ahora Sylvia Swan?

Rosa meditó un momento.

Hendrik necesitó, al menos, un año de tiempo subjetivo. No hay

que olvidar —calculó—, que la señorita Swan no tiene nuestros poderes que permiten alterar la morfología instantáneamente y a voluntad. Ahora bien, después de la operación, que para Sylvia Swan, no lo olvidemos, ha durado un año, se necesita un ligero período de readaptación. No es posible, por tanto, que ese señorita haya vuelto a la ciudad tan pronto. Rectifico mi primera impresión al respecto — agregó.

—Eso quiere decir que debe hallarse por las inmediaciones —sugirió Rosaura.

—Casi seguro —contestó Rosa—. Deberá reposar un poco, dar pequeños paseos en lugares de atmósfera pura... No creo que tarde mucho en regresar, así que podemos esperarla tranquilamente.

—Un momento —dijo Jimmy—. Rosa, usted estuvo secuestrada y consiguió escapar.

—Sí, desde luego.

—¿Sabe si la siguieron sus raptores?

—No los vi, aunque me imagino que lo harían. Pero no me han encontrado todavía.

—¿Cuánto tiempo hace que escapó?

—Cuatro, cinco horas tal vez; no recuerdo con exactitud.

—¿Tuvo que caminar mucho para llegar hasta aquí?

Rosa le miró con los ojos muy abiertos.

—¡ Espere! Llegué en menos de un cuarto de hora... claro que corrí mucho, pero es extraño, ahora me doy cuenta de ello, que mis raptores no hayan venido a investigar en esta cabaña. Podrían haber preguntado a un supuesto dueño, empleando cualquier pretexto, caso de no haberme encontrado a mí...

—¡ Pero a la que encontraron fue a Sylvia Swan, bajo el aspecto de Rosaura Kimper! —exclamó Jimmy, muy excitado.

IX

Sylvia Swan miró una vez más a través de la ventana.

Imposible escapar por allí. El precipicio le impedía la huida.

Se sentó en una silla, reflexionando amargamente sobre su suerte. Los raptores no pretendían causarle ningún daño, al menos por el momento.

Pero no le agradaba aquella situación. ¿Qué pasaría, si llegaban a descubrir la verdad?

También podía ocurrir que no la descubriesen. ¿De qué le serviría protestar y decir que no era Rosaura Kimper? ¿Cómo podía demostrar que «no» lo era?

Había salido de la cabaña del doctor De Soto con lo puesto, que no era mucho precisamente. Sylvia sintió cierto sonrojo al verse con tan breve atavío, ella acostumbrada a vestir ropas mucho más recatadas..., precisamente por la necesidad de esconder su fea escultura.

Un sujetador para el busto, unos breves pantaloncitos, unas sandalias... y ni un gramo más de ropa encima. Como es natural, la documentación se había quedado también en la cabaña del doctor.

Era, aunque no le gustase, Rosaura Kimper. Se preguntó por qué Hendrik se había empeñado, desde el principio, en fabricarle el rostro de la otra muchacha. ¿Era que no había más donde elegir?

Por enésima vez, miró hacia fuera. Se estremeció de pavor al contemplar aquel espantoso abismo. Nada, no había ni qué soñar en escapar por allí.

La puerta estaba asimismo bien guardada. ¿Entonces, qué camino le quedaba?

Levantó la vista al techo de tablas y lo contempló durante

algunos momentos. Al otro lado del cielo raso, debía de haber una especie de desván o algo por el estilo, pero no se veía ninguna abertura que le permitiese pasar allí y buscar una salida por aquel lado.

De pronto, le pareció ver que había una tabla mal ajustada. Aquellas cabañas eran de elementos naturales; nada de material artificial: los troncos eran troncos y las tablas, tablas.

Buscó una silla y se puso en pie, alargando luego las manos para llegar a la juntura defectuosa. Sí, los clavos que sujetaban la tabla a la viga estaban un tanto desencajados. Cuestión de no haber cuidado bien el mantenimiento de la cabaña.

Trató de meter los dedos, pero no lo consiguió. Se mordió los labios. Una palanca… ¿dónde podría encontrarla?

Bajó la vista. Sobre una mesa, divisó una bandeja que había contenido comida. Había un cubierto completo: cuchillo, tenedor…

Momentos después, forcejeaba con el cuchillo en una mano, mientras que con la otra tiraba de la tabla. Sonó un seco chasquido y la tabla giró hacia abajo.

Escuchó atentamente. No parecía que sus custodios hubiesen escuchado el ruido. Pero el hueco era demasiado angosto para que ella pudiera pasar al otro lado.

Necesitaba desencajar otra tabla por lo menos. Durante unos minutos angustiosos, trabajó con el temor de ser descubierta, hasta que, por fin, un ligero chasquido le anunció el triunfo de sus esfuerzos.

Sylvia procuró dominar la excitación que le producía saberse a pocos minutos de la libertad. Su fuerte no era precisamente el ejercicio físico; para hacerlo hubiese tenido que usar ropas livianas y la anatomía «vieja», le había producido siempre una especie de complejo de inferioridad en tal aspecto.

Pero ahora no sólo no tenía que preocuparse de su aspecto físico, sino que, además, debía procurar su libertad. Ello pareció infundirle una fuerza desconocida que le permitió, no sin trabajo, izarse por el hueco hasta el desván.

Miró en todas direcciones. Al fondo, a lo lejos, divisó un resplandor en la penumbra que reinaba bajo el tejado.

Caminó suavemente en aquella dirección, procurando no hacer ruido al pisar. Si cedía alguna de las tablas…

Llegó a la abertura, que era una falsa bohardilla, y miró hacia fuera. La explanada aparecía desierta.

Probó a abrir el hueco, consiguiéndolo al segundo intento. Las bisagras estaban oxidadas y chirriaron de forma que le pareció atronadora. Se paró, en el acto, apartándose de la ventana, temerosa de haber sido escuchada.

Pero nadie parecía haber oído el menor ruido. Sylvia asomó la cabeza.

La distancia al suelo le pareció considerable. No obstante, se dijo, era preciso arriesgarse.

En el momento en que se disponía a salir, vio que un aeromóvil se aproximaba a la cabaña con gran rapidez. Sylvia retrocedió velozmente, escondiéndose a un lado, aunque procurando ver lo que sucedía en el exterior del edificio.

El aeromóvil aterrizó delante de la cabaña. Sylvia pensó que, si podía alcanzarlo, su salvación estaba garantizada.

Dos hombres se apearon del vehículo aéreo y se dirigieron hacia la cabaña. Sylvia oyó voces, aunque no entendió lo que decían, y luego escuchó el ruido de la puerta al cerrarse.

Aquél era el momento, se dijo. Dentro de unos segundos, llegarían a su habitación y ...

Sin perder un segundo más, salió al tejado, caminó hacia el alero y, colocando las piernas fuera, dio media vuelta y quedó colgada por las manos.

Escorzó la cabeza. El suelo estaba a dos metros de sus pies.

Respiró profundamente, disponiéndose a soltarse. En aquel momento, vio que la cara de un hombre le miraba desde el otro lado de los vidrios de una ventana.

El hombre parecía muy complacido con el espectáculo de unas piernas bonitas colgando del alero. De pronto, reconoció a la muchacha y lanzó un aullido.

Sylvia abrió las manos y se dejó caer.

* * *

No cabía la menor duda. Sylvia Swan, la secretaría del doctor De Soto, estaba en poder de los bandidos.

Es preciso liberarla cuanto antes —dijo Rosaura.

Calma — habló Jimmy, alzando las manos —. No cometamos ninguna imprudencia. De momento, y según lo que sabemos, sólo quieren mantenerla como rehén. No es aventurado presumir que, al menos por ahora, no va a sufrir ningún daño.

Se volvió hacia Rosa.

Usted tiene poderes de los que carecemos nosotros — dijo—. ¿Por qué no los emplea?

¿Qué es lo que quiere sugerirme, doctor? —preguntó Rosa.

Hendrik, a veces, hablaba conmigo mentalmente. Podía hacerlo con quien quisiera. Y no digamos de sus transformaciones corporales...

Rosa meneó la cabeza con tristeza.

Lo siento, no puedo hacer ahora nada al respecto — contestó.

—¿Por qué? —quiso saber Jimmy.

Ya se lo dije el día de nuestra primera entrevista. A fin de evitar cometer errores irreparables, me sometí a la acción de un controlador psicofísico. Una vez hube adoptado esta forma, no podía, si no era ayudada por aquel aparato, emplear ninguna de las características de nuestra raza.

Es decir, que ahora es como uno de nosotros, con todas nuestras limitaciones físicas y no digamos mentales.

Así como suena. El controlador psicofísico está ahora en la cabaña de los bandidos.

¿Cómo se lo pudo dejar arrebatar? —preguntó Rosaura.

—Me quitaron el bolso, así de sencillo.

Jimmy masculló una interjección.

—Pues Sylvia está allí y hemos de liberarla, sea como sea — dijo.

¡Un momento! —exclamó Rosaura—. No estamos tan desarmados como parece.

Jimmy y Rosa la miraron con interés. Rosaura levantó su bolso.

—Aquí tengo yo algo que puede servimos —añadió.

—¿Qué es? —inquirió Jimmy.

Rosaura abrió el bolso y extrajo un objeto parecido a una pistola.

—Me lo regaló un científico amigo — explicó —. Según se utilice, puede provocar durante unos instantes, una terrible baja temperatura. O puede elevarla hasta límites insoportables.

Rosa tomó la pistola y la examinó con atención.

—No le veo sus ventajas —observó con cierto desdén—. El frío o el calor pueden afectar al que lo usa.

No —contradijo Rosaura—. La descarga del cambio de temperatura se proyecta hacia delante y estalla, por decirlo así, a siete u ocho metros de distancia. En un radio de cuatro metros, uno se hiela o se tuesta... metafóricamente, claro, pero no lo pasa bien. Y el que usa la pistola puede continuar defendiéndose, ya que tiene carga para una veintena de disparos en u otro sentido.

Jimmy contempló el arma y reflexionó unos momentos.

—Bueno —habló por fin—, sabemos dónde está Sylvia. Con el arma, podemos darles un buen disgusto a los tipos. ¿Cuántos son?

—Yo vi a cuatro — contestó Rosa.

Jimmy suspiró.

—Nosotros somos tres... y no disponemos más que de un arma. Pero no podemos dejarla abandonada a su suerte. Rosa, ¿conoce usted el camino?

—Claro. Vengan, les guiaré hasta allí.

Precedidos por la joven extraterrestre, Jimmy y

Rosaura salieron de la cabaña y se encaminaron hacia el sendero. Poco después, llegaban a la bifurcación de caminos.

—A partir de aquí, marcharemos con mucho cuidado — indicó Rosa—. Quedan menos de quinientos metros.

Caminaron en silencio. De pronto, cuando habían recorrido los dos tercios, Rosaura se quedó atrás.

—Sigan sin mí —dijo—. Se me ha soltado uno de los cordones de la sandalia. Yo les alcanzaré inmediatamente.

—Déjeme la pistola térmica, si no tiene inconveniente — pidió Jimmy.

—Claro.

Jimmy tomó el arma y reanudó la marcha, mientras Rosaura, con una rodilla en tierra, se ocupaba en reparar los desperfectos de la sandalia.

* * *

El aeromóvil tomó tierra en la explanada que había ante la cabaña.

—Ya hemos llegado —anunció «El Lobo», sumamente satisfecho. Abrió la portezuela y saltó al suelo.

Su acompañante le siguió en el acto, portador de una gran cartera de cuero negro, que se veía sumamente abultada. Con toda cortesía, «El Lobo» alargó la mano, pero el otro le rechazó con brusquedad.

Puedo llevarla yo por ahora —dijo—. Y no daré el dinero, mientras no vea a la chica.

«El Lobo» disimuló la decepción que sentía.

—A su gusto, señor… Smith —dijo.

La puerta de la cabaña se abrió en aquel instante. Cavito apareció bajo el dintel.

—Hola, jefe. Todo en orden —informó, con aire satisfecho.

De común acuerdo, habían tomado el de no decir nada de la escapatoria de su prisionera. Ciertamente, se sentían avergonzados de haber sido derrotados, aunque hubiera sido por poco tiempo, por una muchacha.

—Gracias, Tony —contestó «El Lobo»—. Éste es el caballero que se hará cargo de la «mercancía».

—¿Y cómo se la va a llevar? —preguntó Bengt.

—Anestesiada —decidió el hombre secamente.

Muy bien. Vengan por aquí — dijo Bengt —. Les enseñaré dónde está esa buena moza.

Saca antes la pistola anestésica —ordenó «El Lobo».

—Sí, jefe.

Los tres hombres se dirigieron hacia la estancia donde se hallaba la secuestrada. Cavito y «El Piernas» quedaron en la sala. Cavito miraba complacidamente a través de la ventana, pensando en la buena temporada que le aguardaba con casi novecientos mil solares.

Bengt abrió la puerta y dio dos pasos en su interior.

—Levántese —ordenó.

Se quedó quieto en el acto.

—¿Eh? —exclamó, desconcertado, al encontrar vacía la estancia.

«El Lobo» le empujó a un lado.

—¿Dónde está la chica? —rugió, lívido de cólera.

Detrás de ellos, el desconocido dijo:

—Si se trata de una broma...

—¡ Maldita sea! No es ninguna broma — contestó «El Lobo», frenético de rabia—. Ole, ¿cómo...?

Bengt levantó la vista y vio las tablas separadas, que pendían por uno de sus extremos.

—Mire, se ha largado por ahí, jefe.

En aquel momento, se oyó afuera un agudo grito de ira:

—¡ Se escapa! ¡ Atrápala, «Piernas», tú que corres más que ninguno!

X

Sylvia cayó al suelo y rodó por tierra, pero se levantó en el acto.

La puerta de la cabaña se abría en aquel momento. Sylvia se dio cuenta de que no podría llegar al aeromóvil y ponerlo en marcha, como había pensado desde un principio.

Aunque sabía manejarlo, le faltaba práctica, ya que para ir al trabajo solía usar las cintas transportadoras subterráneas. Por otra parte, tenía que perder un tiempo precioso en abrir la portezuela, sentarse, dar el contacto y... Los bandidos la alcanzarían antes de que hubiese podido completar todas aquellas operaciones.

Sólo tenía un recurso: correr.

Con un poco de suerte, podía esconderse en el bosque. Después...

Se lanzó hacia delante a la carrera, sacando a «El Piernas» medio centenar de metros de ventaja. El rufián corría tras ella velozmente, pero el bosque no era lo mismo que el liso asfalto de las ciudades o las pistas de atletismo.

Durante unos momentos, Sylvia mantuvo la ventaja. Luego se dio cuenta de que, inexorablemente, «El Piernas» iba ganándole terreno.

De pronto, tropezó y cayó. Gritó, más por el susto que por el daño, ya que la alfombra de pino había amortiguado considerablemente el golpe de la caída.

«El Piernas» soltó una alegre carcajada.

—Has fracasado otra vez, guapa —dijo, acercándosele a toda velocidad.

En aquel instante, Sylvia, aterrada, notó algo duro bajo su costado. Tanteó con la mano y halló una piedra oculta bajo la espesa capa de agujas de pino.

El rufián estaba ya casi encima. Sylvia se puso en pie, le dejó acercarse y, cuando vio que extendía las manos para asirla, le lanzó la piedra a la cara.

Sonó una maldición. «El Piernas» vio venir el proyectil y, aunque ladeó la cabeza, no pudo evitar que la piedra le alcanzase en un pómulo. No perdió el conocimiento, aunque sí el equilibrio y, gritando de dolor, cayó al suelo.

Sylvia no esperó a más. Giró sobre sus tacones y reanudó su frenética carrera.

Cavito le alcanzó en aquel momento. «El Piernas» se sentaba en el suelo, con un pañuelo en la cara, lanzando mil maldiciones contra la fugitiva y su puntería con las piedras.

—Síguela, idiota. Va por ahí —masculló, rabiando de dolor.

Cavito echó a correr en la dirección indicada. Cinco minutos después, llegó a las inmediaciones del camino.

Sonrió satisfecho. Rosaura estaba allí... ¡Qué tonta era! ¡Entretenerse en arreglar la sandalia!

Se acercó a Ta joven con sigilo y, antes de que ella pudiera advertir su presencia, le puso una pistola en la sien.

—Ni un movimiento más, guapa —dijo—. Al menos que quieras que deje sin cabeza a tu lindo

cuerpo.

Rosaura se puso rígida. Cavito se inclinó y la agarró por un brazo.

— Vamos, andando —dijo, empujándola aunque sin soltarla—. Cuándo te vas a dar cuenta de que no puedes escapar de nosotros, ¿eh?

La joven no contestó. Reflexionaba.

«Sylvia Swan ha escapado», dedujo, lo cual, en cierto modo, la

puso muy contenta.

* * *

Jimmy y Rosa llegaron al borde del claro. Desde allí, contemplaron la cabaña en silencio.

—Parece que no hay nadie en su interior —murmuró él.

Vamos a ver —dijo Rosa impetuosamente. Y salió a terreno descubierto, antes de que Jimmy pudiera detenerla.

Bengt estaba tras los cristales de una ventana. «El Lobo», «Ojo de Nube» y el desconocido discutían ásperamente en una estancia contigua.

De pronto, los ojos del rufián se dilataron. Miró un momento, como para convencerse de que no soñaba y luego corrió a la otra habitación.

—Dejen de discutir —exclamó—. La chica vuelve y acompañada, por más señas.

«El Lobo» pegó un saltó.

—¿Policía? —preguntó.

—No lo sé. Por si acaso...

Vamos a la sala — dijo «El Lobo» —. Debemos sorprenderles.

Pasaron a la sala. «El Lobo» señaló con la mano los sitios donde debían apostarse sus secuaces.

Bengt se situó junto a la puerta.

—El hombre, en primer lugar —ordenó «El Lobo»—. Quítalo de en medio de un buen porrazo.

Bengt juntó los dedos índice y pulgar y sonrió en silencio.

Pasaron algunos segundos. De pronto, se abrió la puerta.

Una cabeza femenina asomó bajo el umbral. «El Lobo» y «Ojo de Nube» resultaron invisibles, agazapados tras sendos sillones.

Rosa avanzó dos pasos. Jimmy caminaba inmediatamente tras ella.

De pronto, un puño asomó por detrás de la puerta y golpeó la nuca del joven. Jimmy lanzó un ahogado gemido y cayó de bruces al suelo.

La pistola resbaló de sus dedos. Bengt la alejó de un puntapié.

«El Lobo» y «Ojo de Nube» abandonaron sus escondites. El primero llevaba en la mano una pistola anestésica.

Rosa quiso escapar. El chorro de gas, sin embargo, fue más rápido que ella.
«El Lobo» soltó una carcajada de satisfacción.
—¡Ya puede salir, señor... Smith! ¡Aquí está su «mercancía»!
El desconocido apareció en la sala. Caminaba con recelo, sin abandonar la cartera bajo el brazo.
Contempló a la joven que permanecía rígida e inmóvil a pocos pasos de la entrada.
—Sí, es ella —dijo—. Me la llevo.
«El Lobo» alargó las manos. Esta vez, la cartera sí cambió de manos.
—Puede darle órdenes durante doce horas, señor Smith —advirtió —. Ella le obedecerá sin rechistar. Después... bien, ya es cosa suya.
Sí, es cosa mía —contestó el desconocido secamente. Tomó una de las manos de la muchacha y tiró de ella —. Vamos.
Rosa obedeció con sorprendente mansedumbre. Momentos después, el aeromóvil levantaba el vuelo y se perdía de vista en la atmósfera.
«Ojo de Nube» lanzó un alegre grito:
—¡Yupiii...! ¡Tenemos dinero, tenemos dinero...!
¡Alto las efusiones! —gruñó Bengt—. ¿Qué hacemos con ese tipo?
Átalo y enciérralo —dispuso «El Lobo»—. Nos iremos de aquí en seguida que hayan regresado los otros.
—Muy bien, pero...
—¿Qué, Ole? —preguntó el jefe.
Este tipo... ¿qué demonios hacía con la chica? ¿Por qué volvían, en lugar de escapar?
.—¿Importa mucho eso ahora? —gruñó «El Lobo»—. Tal vez creyeron que la cabaña estaría desierta y que sería el lugar más adecuado para esconderse... De todas formas, no importa, repito. Haz lo que te he dicho, Ole.
—Bien, jefe.
Bengt se inclinó y, agarrando al joven por un tobillo, se lo llevó a la habitación contigua, justo en el momento en que «El Piernas», con un pañuelo sobre la cara, entraba por la otra puerta, alicaído y quejumbroso.

—¡Esa pájara! —mascullό—. Menuda pedrada me soltó...

«Ojo de Nube» le palmeó las espaldas.

—¡No te preocupes, chico! ¡Ya se la han llevado y tenemos aquí el dinero! —exclamó alegremente.

«El Piernas» le miró con expresión atónita.

—¿Ya ha vuelto Tony con ella? —preguntó.

¡Qué Tony ni qué...! Vino con un fulano, al que Bengt está atando en la habitación contigua — contestó «El Lobo», muy ocupado en soltar las presillas de cierre de la carta.

Bueno, pero, entonces, ¿dónde está Tony? —insistió «El Piernas»—. Porque cuando la prójima me apedreó, salió corriendo tras ella...

Se habrá perdido en el bosque. Ya nos encontrará de nuevo, no te preocupes. ¿Qué, muchachos, contamos el dinero?

En aquel instante, «Ojo de Nube», que miraba a través de la ventana, dijo:

—Ahí viene Cavito con la prisionera, muchachos.

Bueno —contestó «El Piernas»—, así ya no se nos escapará...

Su jefe lo apartó de un manotón.

—¿Quién diablos ha hablado de la prisionera, si se 3a llevó el señor Smith?

Cavito y Rosaura avanzaban a través del claro. Los tres rufianes contemplaron a la pareja con ojos desorbitados por el asombro.

—Hola, chicos — saludó Cavito, segundos después—. Ya tengo aquí a la chica. No resultó difícil, después de todo.

Hubo un momento de silencio. «El Lobo» se pasó una mano por la cara.

—El señor Smith se ha llevado a Rosaura Kimper — dijo—. Lo hemos visto todos... es decir, Bengt y «Ojo de Nube». ¿De dónde sale esta chica ahora?

—La atrapé en el bosque, jefe. Es ella...

Rosaura sonreía complacidamente. Empezaba a comprender los motivos de la confusión de los raptores.

«El Lobo» se acercó a ella y la examinó detenidamente. Pasó una mano por su cara, las orejas, el pelo...

—No, demonios, no es una máscara — gruñó, lleno de un enorme desconcierto —. Pero si no es una máscara, ¿qué diablos es?

Hubo un momento de silencio. Los forajidos se miraban unos a otros, sin saber qué decisión tomar.

De pronto, «El Lobo» se fue hacia la mesa y abrió la cartera.

—El dinero está aquí — dijo —. ¿No era eso lo que queríamos, muchachos?

Hubo un coro general de voces que asentían.

—Entonces, si ti señor Smith quería a una Rosaura Kimper, ya la tiene — agregó el jefe de la pandilla—*i* Que sea la auténtica o sea un doble, eso ya no nos importa.

Nosotros hemos cumplido con nuestra parte de lo pactado — agregó Cavito.

¿Cuándo repartimos el dinero? —preguntó «El Piernas», más práctico.

Aquí, no; ya no podemos perder más tiempo — dijo «El Lobo»—. Nos iremos inmediatamente...

Ole Bengt apareció en aquel momento.

—El «fulano» ha pasado a ser un salchichón — anunció con ironía.

«El Lobo» empujó a la joven hacia Bengt.

—Toma —dijo—, ponle compañía. En cuanto hayas terminado, nos iremos todos en seguida.

XI

Sylvia Swan llegó a la cabaña jadeante y casi sin aliento. Se dejó caer en un sillón durante unos momentos, en un estado próximo al agotamiento.

Al cabo de un rato, notó que le volvían las fuerzas. Todavía le parecía un milagro o algo por el estilo, haber podido escapar de las garras de aquellos rufianes sin escrúpulos

Empezó a reaccionar. ¿La buscarían en aquella cabaña?, se

preguntó.

Recordó que el doctor era aficionado a la caza y a la pesca. Pero a ella, las armas de fuego le habían inspirado siempre un sano horror. No obstante, tendría que superar sus aprensiones, si quería defenderse.

Buscó el armero. Antes de que hubiese podido abrirlo, oyó una voz de tonos aflautados.

— ¡ Señorita Swan!

Sylvia corrió hacia el salón principal. Hendrik acababa de llegar, cargado con una impresionante serie de bultos, de los cuales apenas si asomaban sus ridículas piernecillas.

¡Hendrik! —gritó al borde del histerismo.

El hombrecillo la miró con aire de extrañeza.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Me han secuestrado —dijo la muchacha—. Estuve unas horas en poder de unos horribles forajidos, los cuales me habían confundido con Rosaura Kimper...

Hendrik frunció el ceño.

—Esto se complica —murmuró—. En el primer momento pensé que le convenía el rostro de la señorita Kimper, por encima de cualquier otro, pero ahora veo que me he equivocado.

Aflojó su control mental y, como aún tenía los dos brazos terrestres ocupados, se rascó la cabeza con un tercero que hizo brotar de una de sus rodillas.

—¿Qué podemos hacer? — exclamó.

La cabaña de los bandidos está relativamente cerca. Si me buscan, no tardarán en encontrarme — exclamó Sylvia.

Oh, por eso no debe preocuparse —sonrió Hendrik—. Tengo armas para combatirles de sobra. Bastará con que ponga en funcionamiento el acelerador de tiempo...

Sí, pero sólo los detendrá afuera seis horas —dijo ella.

Eso depende del tiempo que queramos estar aislados, señorita Swan.

De repente, Sylvia concibió una idea.

.— Aquel sujeto me sorprendió cuando yo estaba paseando por el bosque y me llevó a su cabaña a viva fuerza. Dijo que me había escapado... Hendrik, ¿no puede ser que la que haya escapado sea la auténtica Rosaura Kimper?

El hombrecillo se quedó parado durante unos momentos. Luego desplegó una serie de tentáculos y depositó los paquetes en distintos sitios con singular rapidez.

Después, recobró su aspecto terrestre.

—Voy a explorar la cabaña — anunció.

Pero no se movió del sitio. Sylvia comprendió que estaba lanzando proyecciones mentales.

Pasaron unos segundos. De pronto, Hendrik dijo:

—Señorita Swan, ¿sabe quiénes están en aquella cabaña?

—No tengo la menor idea — respondió la muchacha.

—El doctor De Soto y... bueno, supongo que debe de ser su original.

—¿Rosaura Kimper?

—La misma. Pero no tema; están solos. Los bandidos han huido, abandonándolos a su suerte.

—Entonces tenemos que ir a socorrerles — dijo Sylvia precipitadamente.

—Ahora mismo — decidió Hendrik.

Momentos después, corrían por el sendero en dirección a la otra cabaña. Hendrik hubiera podido desplazarse con mucha mayor rapidez, pero no quiso abandonar su figura terrestre.

Al cabo de diez minutos, avistaron la cabaña. Sylvia, en su impaciencia, fue la primera en entrar.

No tardaron en encontrar a la pareja. Jimmy estaba tendido sobre una cama, atado sólidamente a la misma. En cuanto a Rosaura, estaba sujeta a una silla.

—¡Rosa! — exclamó Jimmy.

—¿Rosa? — dijo Sylvia, extrañada.

—No es Rosa —sonrió la otra joven—. Es, si no me equivoco, la señorita Swan.

—Cierto — contestó la secretaria —. Hendrik, ayúdeme a desatarlos.

Un minuto después, Jimmy y Rosaura estaban libres.

De modo que se llevaron a Rosa —dijo Jimmy, a quien Rosaura había relatado todo lo ocurrido durante su desvanecimiento.

Sí, un desconocido a quien el jefe de la escuadrilla llamaba señor Smith. Nombre supuesto, desde luego.

Hendrik parecía muy afligido.

Tenemos que liberarla, doctor —dijo, con acento suplicante.

Eso es lo que vamos a intentar — contestó Jimmy—. Pero mientras no sepamos su paradero... Escucha, Hendrik —gritó de pronto—. Tú y Rosa sois del mismo planeta, ¿no es cierto?

—Si, claro.

Bueno, vosotros sois telépatas. Comunícate con ella y...

Hendrik meneó tristemente la cabeza.

No puedo, doctor. Ya lo intenté por el camino y...

Jimmy hizo chasquear sus dedos.

Es verdad. Ella me dijo que había perdido voluntariamente sus facultades psicofísicas, con objeto de no cometer un error desgraciado. Sólo podría recobrarlas mediante un controlador que llevaba...

¡Espere! —exclamó Rosaura—, ¿No recuerda que ella nos dijo que los bandidos le habían despojado de su bolso?

Sí, es cierto. Y no creo que se lo hayan llevado. ¡ Vamos a buscarlo!

Es inútil — dijo Hendrik —. Sólo ella puede manejar el controlador.

Jimmy frunció el ceño.

—Eso significa que vamos a tener que recurrir a los medios terrestres para encontrarla — dijo.

Me temo que no hay otro remedio — admitió el hombrecillo con tristeza.

Hendrik — terció Sylvia —, usted y yo conversamos telepáticamente. ¿Va a decirme ahora que no puede hacer lo mismo con Rosa?

Es que ella ha levantado unas barreras mentales que yo no puedo traspasar. No sé cómo explicarme... Los poderes mentales de ustedes, los terrestres, son mucho más receptivos que los nuestros, aunque no son emisores de ondas telepáticas, a menos que uno de nosotros «provoque» la emisión. Pero si yo ahora, como ha hecho Rosa, cierro mis defensas y, además, he usado un controlador para anular voluntariamente mis poderes psicofísicos, no habrá forma de que nadie penetre en mi cerebro.

—¡ Pues estamos apañados! — gruñó Jimmy.

—¿Y no hay otra solución? —preguntó Rosaura.

Hubo un momento de silencio. Todos observaban

a Hendrik ansiosamente, esperando que les resolviese aquel agudo problema.

—Señorita Kimper — dijo por fin el hombrecillo—, ¿conocía usted el plan de los secuestradores?

Un poco — contestó la muchacha —. Parece ser que estaban esperando a alguien que debía llevarme, a cambio de una suma de dinero.

Eso hace suponer que los secuestradores debían de conocer a ese desconocido — intervino Jimmy.

—Así lo creo yo — admitió Rosaura.

Bueno —dijo Hendrik—, usted y el doctor parece ser que vieron las caras a los secuestradores. Cierren los ojos un momento por favor, y piensen en ellos con todas sus fuerzas.

Jimmy y Rosaura obedecieron.

Hendrik tanteó sus mentes.

—Señorita Kimper, usted piense en el dinero que iban a pagar por su rescate — ordenó el hombrecillo.

Pasaron unos minutos. Al cabo, Hendrik exclamó:

—Bien, creo que ya he localizado a esos sujetos.

Eso es magnífico —exclamó Jimmy—. ¿Dónde están?

Necesitaría un plano de la ciudad. ¿Pueden proporcionármelo?

Tendremos que volver a la ciudad — respondió Jimmy—. Compraremos allí uno y… ¿Cuáles son sus planes, Hendrik?

El hombrecillo sonrió.

—Los secuestradores nos dirán, sin lugar a dudas, quién era el hombre que les pagó por secuestrar a la señorita Kimper.

¿Y va a liberar a Rosa, sabiendo que se lo quiere llevar de la Tierra? —preguntó Jimmy.

Hendrik suspiró.

—No me queda otro remedio, doctor — suspiró — Mi escapatoria ha llegado ya a su fin. —Meneó la cabeza—. Es una lástima, ¡me gusta tanto este planeta!

Sylvia se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué no se busca una figura más… agraciada, tira su controlador a un pozo y se queda aquí para siempre?

No puede ser. Tarde o temprano, tenía que llegar este momento, pero no me iré sin antes haber terminado las tareas que aún me

quedan por hacer. — Miró a la secretaria y sonrió—: Cambiar su rostro en primer lugar, no lo olvide.

¿Qué rostro le va a poner? — preguntó Jimmy, súbitamente interesado.

—El suyo... bueno, el que tenía antes, pero embellecido.

Sylvia miró a Rosaura y sonrió:

—No podemos continuar las dos con la misma cara y usted la tiene desde que nació. Por lo tanto, me corresponde a mí cambiar de apariencia.

—Pero no de figura — dijo Jimmy, alarmado.

Rosaura emitió una sonrisa llena de malicia.

—No creo que ella lo tolere — dijo.

—Bien, resuelto ya este punto, ¿qué hacemos aquí? ¿Nos vamos? —propuso Jimmy.

—Antes tenemos que encontrar el bolso de Rosa

—dijo Hendrik —. Será cuestión de cinco minutos.

Cinco minutos después, tenían no sólo el bolso, sino también la pistola térmica que Bengt había lanzado bajo un diván y de la que los rufianes se habían olvidado en su precipitada huida. Se dirigieron hacia el aeromóvil y, una vez a bordo, partieron hacia la ciudad.

* * *

Sin hacer el menor ruido, Jimmy llegó a la puerta y aplicó el oído a la cerradura.

—Parece que oigo voces — susurró.

—Están ahí adentro — dijo Hendrik, a su lado.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Sylvia.

—Hendrik se sacará algún truco de su manga

—sonrió Rosaura.

El hombrecillo asintió. No fue de la manga de donde se sacó el truco, sino de su propio cuerpo.

Un largo filamento nació de uno de sus dedos y se introdujo por la estrechísima ranura de la cerradura. Sonó un leve chasquido y la puerta quedó abierta.

—Eh —dijo «El Piernas»—, parece que hay alguien en el vestíbulo.

—Sí —contestó Jimmy—, hay alguien.

Los rufianes estaban en el momento de repartir el dinero. Volvieron los ojos al mismo tiempo, quedándose atónitos al ver a dos hombres y a dos mujeres, éstas absolutamente idénticas la una a la otra, como sendas gotas de agua.

—Anda —dijo Cavito—, ya no son dos, sino tres.

Y se sentó en una silla, pues las piernas se negaban a sostenerle.

«El Lobo» fue más rápido. Trató de sacar una pistola anestésica, pero Hendrik disparó un tentáculo y le arrebató el arma, antes de que tuviera tiempo de utilizarla.

El hombrecillo se convirtió en una serpenteante masa de tentáculos que ondulaban por todas partes con rapidez vertiginosa, en medio de la estupefacción de los rufianes, que no comprendían nada de lo que ocurría.

En pocos segundos, los cinco rufianes quedaron sólidamente atados. Ole Bengt fue el último y quien más se resistió, pero también sus esfuerzos resultaron inútiles. Hendrik colocó un fenomenal puño al extremo de uno de. sus tentáculos y los disparó con todas sus fuerzas contra la mandíbula del nórdico.

«El Lobo» y sus compinches miraban a los recién llegados con expresión aturdida. Hendrik, se había desprendido momentáneamente de los tentáculos, convertidos en delgados pero sólidos filamentos, que imposibilitaban todo movimiento de los rufianes.

—De modo que son tres ahora —dijo «El Lobo», contemplando a las mujeres.

—Así es —confirmó—. Y nosotros venimos en busca de la tercera.

—Mejor dicho —terció Sylvia—, de la identidad del hombre que pagó cinco millones de solares por ella.

XII

El señor Kimper tenía delante de sus ojos un papel en el qué había escrito tres nombres.

Los nombres pertenecían a tres competidores sospechosos, uno de los cuales, estaba seguro, era el autor del anónimo.

Kimper sabía que los tres hombres ambicionaban, por separado, apoderarse del control de su empresa. Sin embargo, ignoraba cuál de ellos había sido el que había dado en recurrir a medidas tan drásticas.

Los nombres eran;

Ricardo Martín de Veral, director y presidente de la «Jupiterina de Transportes Siderales», una empresa importante, pero sin llegar, ni con mucho, a la de Kimper.

El segundo era Francis Wharton, propietario de la «British Astronautical», empresa que servía, principalmente, las líneas entre Venus y la Tierra.

El tercero, en fin, era Knut Hangsson, gerente general de la «Scandinavia Spacecargo», empresa que se dedicaba sobre todo al transporte de mercancías por todo el sistema solar.

Una y otra vez, Kimper estudiaba los nombres. ¿Martin? ¿Wharton? ¿Hangsson?

Cualquiera de ellos podía ser, pero sólo uno era..

El zumbador del visófono sonó de pronto.

Kimper dio el contacto. Una voz de hombre, gruesa, evidentemente forzada, pronunció su nombre. La pantalla se veía en blanco.

—¿Kimper?

—Sí, yo mismo.

Escuche, ahora hablo en serio. Rosaura está en mi poder. Mírela.

La muchacha apareció en la pantalla, Kimper vio la figura de su hija desde la cintura para arriba.

No podía apreciar ningún detalle de la decoración. Parecía que Rosaura tenía a sus espaldas una pared absolutamente lisa, sin el menor detalle revelador que pudiera indicar una pista al financiero.

—¿Ve a su hija? —preguntó el desconocido.

—Sí, perfectamente.

Le doy de plazo hasta mañana a las nueve de la mañana. Para

entonces, quiero que tenga preparado el documento de cesión.

¿Dónde debo entregárselo? —preguntó Kimper con voz neutra.

Salga de su casa a las ocho de la mañana. Camine por la acera en dirección sur. Llevará en la mano izquierda un periódico enrollado. Alguien se lo tomará...

—¿Y Rosaura?

Será puesta en libertad cinco minutos después de haber comprobado la autenticidad del documento. Esto es todo.

—Espere un momento —pidió Kimper.

—¿Qué pasa? —preguntó el sujeto.

—Quiero ver a mi hija más de cerca. Rosaura, aproxímate a la pantalla, ¿quieres?

—Sí, papá —contestó Rosa, comprendiendo que debía seguir desempeñando el papel que le habían adjudicado.

Dio dos pasos hacia el visófono.

—Suficiente —dijo Kimper—. Así está bien, hija.

Hubo un momento de silencio. Luego, el raptor

preguntó:

—¿Ha terminado ya, Kimper?

—Sí, desde luego.

—No lo olvide: mañana, a las ocho de la mañana o se quedará sin hija. ¡Adiós!

La comunicación se cortó. Kimper se reclinó en la silla, satisfecho por lo que había averiguado.

Aquella joven no era Rosaura. Tenía motivos para saberlo.

La muchacha iba vestida con una prenda que le dejaba los hombros por completo al descubierto. Rosaura tenía en el izquierdo un diminuto lunar del tamaño de una lenteja. El lunar no estaba en el hombro de la joven que ocupaba su puesto.

—Ese sujeto —soliloquió Kimper—, ha contratado a una artista para hacerme creer que tiene a Rosaura en su poder. Pero ha cometido un error, porque si bien la imitación del rostro es perfecta, en cambio han cometido el error de omitir el lunar.

Lo cual le tranquilizó considerablemente, pues en los primeros momentos había llegado a temer que, en efecto, Rosaura hubiera sido secuestrada.

* * *

Hendrik miró a sus amigos con expresión compungida.

—Lo siento —no he podido obtener nada positivo.

—¿Cómo? —exclamó Jimmy.

El jefe no sabe dónde vive el que se llevó a Rosa — respondió el hombrecillo.

Jimmy se volvió hacia «El Lobo».

—¿Es cierto eso? —preguntó.

Claro — rezongó el rufián, sin saber que su mente había explorada con todo detenimiento por Hendrik—. A mí lo que me interesaba era el dinero. Lo que haga luego aquel tipo con la chica, me importa un rábano.

Jimmy estuvo a punto de aplastarle la nariz, pero se contuvo.

—Está bien. —Se volvió hacia su ayudante—. Hendrik, ¿podría reproducir de alguna manera la imagen del hombre que tiene a Rosa en su poder?

—Desde luego, pero necesitaría...

Ya le proporcionaremos lo que sea lejos de aquí —atajó el joven —. Ahora vamos a irnos.

De pronto reparó en la cartera llena de billetes que había sobre la mesa. Buena parte del dinero estaba fuera. Los secuestradores no habían tenido tiempo de completar el reparto.

Miró a «El Lobo» y sonrió.—No hay pruebas legales de que hayan cometido un rapto —dijo—, por lo que nos resulta imposible presentar una acusación. Pero hay otro modo de castigarlos. Señorita Swan, ayúdeme.

—Sí, doctor — contestó Sylvia.

Entre los dos devolvieron el dinero a la cartera. Jimmy la cerró con aire satisfecho.

«El Lobo» lanzó un aullido.

—Ese dinero era nuestro — protestó.

—Usted lo ha dicho —sonrió el joven—. «Era».

Antes de que acabe el día, una institución benéfica recibirá un importante donativo, hecho por un filántropo que desea conservar el incógnito.

—Hemos trabajado en balde — gruñó Cavito.

Es posible —contestó Jimmy con indiferencia—. Hendrik, ahora que nos vamos, tendría que cambiar las ligaduras de estos tipos.

No hace falta —contestó el hombrecillo—. Se las dejaré «puestas» hasta... ¿cuánto tiempo, doctor?

Hasta mañana por la mañana. Así no nos estorbarán ni tratarán de impedirnos que busquemos a Rosa. Vámonos ya.

Salieron de la casa. En la puerta, celebraron una conferencia.

Rosaura hizo una proposición, que fue aceptada por unanimidad.

Vengan todos a mi casa. Allí, Hendrik podrá reproducir la imagen del hombre que tiene a Rosa en su poder. Aparte de eso, mi padre estará impaciente por mí.

Se acepta — contestó Jimmy, agarrando el brazo de Sylvia.

La joven se estremeció, pero no dijo nada. Una semana antes, un gesto semejante habría sido inconcebible en el doctor De Soto.

Si Hendrik le cambiaba la cara...

Treinta minutos más tarde, entraban en casa de Rosaura. Patrick, el impasible mayordomo, no pestañeó siquiera cuando vio a dos muchachas exactamente iguales. La señorita Kimper, en ocasiones, solía ser algo excéntrica y pensó que quería dar una broma a su padre.

—El señor está en la biblioteca —informó.

Gracias, Patrick —contestó Rosaura—. ¿Quiere encargar que nos lleven algo de comer? Gracias.

—Al momento, señorita.

Rosaura les precedió. Jimmy y Sylvia iban a continuación y Hendrik cerraba la marcha.

Kimper se puso en pie lentamente al verles entrar. Estaba leyendo y se quitó las gafas con gesto estupefacto.

—¡Rosaura! — exclamó.

—Hola, papá — sonrió la aludida con desenvoltura—. Te presentó al doctor De Soto, a su secretaria, señorita Swan, y a Hendrik, su ayudante. Amigos, éste es mi padre.

Hendrik estrechó la mano de los tres, deteniéndose unos instantes en Sylvia.

—Usted no tiene lunar en el hombro —exclamó.

—¿Qué dices, papá? —preguntó Rosaura, extrañada.

—Hace una hora, recibí una llamada. Me presentaron a través de la pantalla a una muchacha exactamente igual a ti, pero supe que no eras tú, porque pude apreciar que no tenía el lunar en el

hombro izquierdo.

Rosaura se echó a reír,

—Eres muy observador — comentó. Miró a Sylvia —. Hendrik se olvidó de ese detallito, lo mismo que Rosa cuando tomó mi figura.

Kimper frunció el ceño.

—¿Estás tratando de insinuar que alguien ha... ha «construido» dos muchachas exactamente iguales a ti?

—Algo por el estilo, papá —respondió la muchacha—. Pero ¿qué te dijo el hombre que tiene a Rosa en su poder?

Kimper narró la conversación sostenida con el raptor. Al terminar, Jimmy dijo:

—De modo que ese sujeto quiere hacerse con el control de la compañía.

Sí. Seguramente —explicó Kimper—, tratará de que la operación sea secreta, a fin de que el público no sospeche nada. Las acciones podrían sufrir una baja importante y sobrevendría un pánico, que podría acabar con la compañía.

Lo cual significa que, nominalmente al menos, usted seguirá al frente de la empresa.

—Sí, pero sin capacidad de decisión.

Jimmy frunció el ceño.

—Tendríamos que hacer algo para evitarlo —murmuró—. Aparte de que no podemos consentir que Rosa sufra el menor daño.

Sylvia levantó en alto su bolso.

—Si pudiéramos entregárselo de alguna forma — dijo.

Jimmy se volvió hacia su ayudante.

—Hendrik, ¿cuándo nos vas a entregar la imagen del raptor? —preguntó.

Unos momentos, por favor —rogó el hombrecillo.

Estaba en un extremo de la biblioteca, inclinado sobre una mesa, en la que se divisaban unas cuartillas de papel.

Al cabo de cinco minutos, regresó junto a los demás, con unas cuartillas en las manos.

—Éste es — dijo —, según la imagen que pude captar en el cerebro del jefe de la banda.

Usted ha tratado con él, señor Kimper —dijo Jimmy—. ¿Le conoce?

Kimper examinó el retrato que había trazado Hendrik con fidelidad sorprendente.

—No. Este tipo se ha disfrazado — contestó.

Pero ¿no sospecha de nadie?

Tengo tres rivales. Estoy seguro de que ha sido uno de los tres, aunque no estoy en situación de señalar a uno con seguridad.

Patrick entró en aquel momento, empujando un carrito con comida. Rosaura dijo:

—Discurriremos mejor si llenamos el estómago. Gracias, Patrick.

A sus órdenes, señorita —contestó el mayordomo, y se retiró.

Jimmy agarró un bocadillo y empezó a mordisquearlo. Sylvia le puso en la mano una copa de vino.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Jimmy exclamó :

—Hendrik, ¿tienes a mano tu controlador?

No, pero es lo mismo. ¿Qué quiere usted, doctor?

Jimmy lanzó una mirada al financiero.

—El señor Kimper tiene que salir de casa mañana a las ocho de la mañana. ¿Podrías tomar su aspecto?

Claro— contestó el hombrecillo—. ¿Sólo se trata de eso?

Kimper estaba estupefacto.

—¿Quiere decir que... que él se va a vestir con mis ropas... y que se disfrazará como si fuese yo?

—Algo por el estilo — sonrió Jimmy.

—¿Qué pretende usted, doctor? —preguntó Sylvia.

— Engañar al raptor, naturalmente. Puesto que

Hendrik no puede entrar en contacto con Rosa, hemos de hacer algo que nos permita ponerle la mano encima.

—Pero si le entrego el documento que me pide, soltará a la chica — alegó Kimper.

—¿Lo tiene ya preparado? —preguntó Jimmy.

No. Cuando me di cuenta de que aquella chica no era Rosa, desistí de hacer nada en tal sentido.

—Y ahora es ya tarde para llamar a abogados, notarios y demás —manifestó Jimmy—. El raptor se dará cuenta en seguida de que no le han entregado el documento y puede dar la orden de asesinar a Rosa.

Por un momento, Hendrik abandonó su habitual mansedumbre:

— ¡Si lo hiciera, le mataría! — gritó en tono descompuesto, con

gran asombro de todos los presentes, pero más de Jimmy, para quien la actitud del hombrecillo resultaba todo un enigma.

XII

El raptor de Rosa no estaba solo. Tenía un ayudante. Era un sujeto fornido y robusto, que respondía al nombre de Byckett.

Yo me marcho —dijo—. Volveré mañana temprano.

—¿Y la chica? —preguntó Byckett.

Si a las nueve de la mañana no te he dicho nada… — El raptor se pasó una mano por la garganta con gesto significativo.

—Conforme, jefe.

Una vez se hubo quedado solo, Byckett pasó a la habitación donde estaba encerrada la joven.

Dirigió una mirada a Rosa. Lástima, era una muchacha hermosa.

Rosa le contempló en silencio. Sentíase arrepentida de haberse desposeído de sus poderes psicofísicos. Ahora no era más que una mujer terrestre… y aunque sabía que algunas se ejercitaban físicamente, ella no estaba preparada para una lucha con un hombre cuyas fuerzas eran muy superiores a las suyas.

Byckett estuvo un momento en silencio y se marchó, cerrando la puerta con llave. Rosa meditó en busca de un plan de fuga.

Por supuesto, había algo de que no se había despojado, porque, sencillamente, no le era posible: su habilidad manual y sus formidables conocimientos técnicos. Si pudiera encontrar la ocasión de usar una y oíros, tal vez…

Poniéndose en pie, empezó a registrar minuciosamente la habitación.

Era un sencillo dormitorio, con un armario ropero, una silla, un lavabo y una mesilla de noche.

Buscó por todas partes. De pronto, en el fondo del armario, encontró algo que la llenó de alegría.

Era un destornillador viejo, olvidado sin duda hacía mucho tiempo por alguien que no había vuelto a usarlo. Rosa se dijo que ya había encontrado el medio de evadirse.

Quince minutos más tarde, había quitado la cerradura de la puerta. La abrió poco a poco y miró fuera.

Había un pasillo de paredes de cemento, con dos puertas. Rosa no sabía por cuál de las dos había llegado, ya que la anestesia sufrida le había impedido captar los detalles del viaje. Eligió una y empezó a trabajar.

La segunda cerradura siguió el mismo camino que la primera. Franqueada aquella puerta, Rosa se encontró ante una escalera que se hundía en las entrañas de la tierra.

La escalera era muy larga. Al final de la misma, encontró una tercera puerta.

La abrió por el mismo procedimiento que las anteriores. Dio dos pasos y se encontró en un lugar que la llenó de estupefacción.

Era un vasto subterráneo, en el que, a derecha e izquierda, podían verse largas filas de unos tubos gigantescos que medían más de veinte metros de largo por dos de grueso. Rosa no había visto hasta el momento nada semejante.

Se acercó a uno de los tubos. En uno de sus lados divisó lo que parecía ser una puertecita para examinar el interior del cilindro.

El destornillador funcionó de nuevo. Momentos después, Rosa echaba la plancha a un lado.

Durante largo rato, contempló los mecanismos. Era la primera vez que veía algo semejante, pero no tardo en saber de qué se trataba.

De pronto oyó un grito a lo lejos.

Se estremeció. El vigilante había descubierto su evasión.

Empezó a trabajar frenéticamente. Un minuto después, Byckett aparecía en la entrada del subterráneo.

Corrió hacia ella. Rosa le detuvo con un ademán de su mano derecha.

—¡ No se acerque! ¡ No dé un paso más!

¿Qué diablos...? —gruñó Byckett, sin ánimo de obedecer la orden.

Rosa tenía el destornillador metido dentro del tubo, sujeto con la mano derecha.

Escúcheme bien lo que le voy a decir — habló con voz clara y fuerte—. Sé qué clase de aparato es éste y conozco sus efectos. Anticuado, pero eficaz, desde luego. Fíjese en este destornillador. ¿Lo ve bien, Byckett?

El vigilante asintió en silencio. Empezaba a comprender. La frente se le llenó de un sudor frío.

Este destornillador —continuó la joven—, hace ahora de tope, sujetando el muelle de disparo. En el momento en que usted intente tocarme, retiraré el destornillador y los mecanismos de la espoleta entrarán en acción. Imagínese lo que sucederá una fracción de segundo más tarde.

Byckett extendió la mano.

—¡Por el amor de Dios! —rogó, sudando de pánico —. Quite eso de ahí...

Ni lo sueñe — le interrumpió Rosa fríamente —. Aquí estaremos los dos, hasta que haya vuelto su jefe. Y entonces, me soltará o volaremos todos por los aires.

* * *

La trampa estaba preparada.

Kimper se sentía aturdido. Miraba al hombre que tenía frente a sí y se palpaba el cuerpo, sin apenas dar crédito a lo que contemplaban sus ojos.

—¿Falta algo? —preguntó Hendrik aprensivamente.

Kimper negó con la cabeza.

—Nada, está perfecto — contestó.

Jimmy sonrió.

—Hendrik, eres un artista. Lástima que tengas que irte de aquí — dijo.

—Sí —suspiró el hombrecillo, ahora bajo el aspecto de millonario—. Pero no queda otro remedio. ¿Cuándo actuamos?

Jimmy consultó el reloj.

—Son las siete de la mañana. Falta aún una hora.

Podríamos tomar un poco de café — apuntó Rosaura.

El tiempo pasó con lentitud. Quince minutos antes de la hora

señalada, Jimmy y las dos jóvenes abandonaron la casa.

A las ocho en punto, Hendrik salió con el periódico enrollado en la mano. Caminó despacio, sin prisas, junto al borde de la acera, hasta que, de pronto, un aeromóvil descendió de las alturas y se situó a su lado.

—Kimper —dijo una voz.

Hendrik continuó andando.

—¡Kimper! — repitió el otro, impaciente.

Ahí —dijo Hendrik. Distraído había llegado a olvidarse de su misión—. ¿Es usted, Martín? ¿o Wharton?

El nombre importa poco ahora — gruñó el desconocido —. Deme el periódico.

Hendrik le miró fijamente. El raptor no podía saber que su mente estaba siendo sondeada.

Hendrik le entregó el periódico. De pronto, captó un extraño pensamiento en el cerebro del desconocido.

La furia invadió por completo al hombrecillo. Se arrojó a través de la ventanilla del vehículo y empezó a golpear con furia a su conductor.

¡ Maldito! — rugió, asestándole sin cesar fuertes puñetazos —. De modo que, después de conseguir lo que querías, vas a hacer que la maten...

El raptor estaba atónito. ¿Cómo había averiguado Kimper sus intenciones?

Pero, tras el primer momento de sorpresa, empezó a defenderse y a contestar a los golpes de Hendrik. Su contraataque, sin embargo, hubiera resultado más eficaz, de no hallarse el extraterrestre ya dentro del aeromóvil.

Desde una altura prudencial, Jimmy y las dos muchachas contemplaron la escena. Rosaura lanzó un gemido.

—¡ Lo va a estropear todo!

Jimmy lanzó el aeromóvil hacia abajo.

¿Por qué habrá tenido que cometer semejante imprudencia? — masculló.

—Algo habrá visto en el raptor, que no le habrá gustado — opinó Sylvia—. De ordinario, Hendrik era no sólo moderado, sino apocado.

—Sí — convino el joven, pensando en que tenía que haber

ocurrido algo muy gordo para haber sacado al tímido Hendrik de sus casillas.

Aterrizaron segundos más tarde. Para entonces, Hendrik, despojado parcialmente de su forma humana, ya había inmovilizado al raptor.

—¡Hendrik! —gritó Jimmy—. ¿Por qué has hecho eso?

—Quiere matar a Rosa — gritó el hombrecillo furioso.

—¿Cómo? ¿A pesar de...?

Jimmy no dejó que Rosaura siguiera hablando.

—Vamos a casa —dijo—. Allí estaremos a salvo de los curiosos. Sigue sujetándolo, Hendrik.

—No se me escapará — prometió el hombrecillo.

Momentos después, entraban en la mansión de los

Kimper. El millonario contempló con asombro la extraña comitiva.

—¿Es ése el raptor? — preguntó.

—Sí, a lo que parece —contestó Jimmy.

El rufián estaba sólidamente inmovilizado. Kimper dijo:

—Ésa no es su cara

—Lo sabremos en seguida — contestó Hendrik.

Disparó media docena de tentáculos. El prisionero estaba medio muerto de miedo.

El pelo y la cara parecieron despegarse. La máscara cayó a un lado.

—¡ Hangsson! — gritó Kimper.

—Bueno, al menos, sabemos quién es —sonrió Sylvia, satisfecha.

—¡ Pero Rosa debe morir a las nueve! — gritó Hendrik.

Jimmy se enfrentó con el prisionero, que parecía sumamente abatido.

—¿Ha dado usted orden de que la maten? —preguntó.

Para Hangsson, todo aquello resultaba incomprensible. Movió la cabeza en silencio.

Jimmy contuvo las ganas que tenía de asestarle un buen puñetazo. Luego se volvió hacia Hendrik:

—¿Sabes dónde está ella? —preguntó.

—He podido ver el lugar, a través de la mente de este hombre, pero desconozco su emplazamiento con exactitud.

—Vamos, Hangsson — dijo Jimmy —, hable de una vez. Si esa chica muere, usted no lo pasará muy bien. ¿Dónde está?

—Es inútil —contestó el raptor—. Tardarán más de una hora en llegar y ya han dado las ocho.

Jimmy señaló el visófono:

—Calculo que Rosa no está sola —dijo—. Llame y suspenda la orden de ejecución. La vida de aquella muchacha responde de la suya, porque le aseguro que, si ella muere, no saldrá vivo de esta casa.

—Y de eso me encargo yo —bramó el pacífico Hendrik—. ¡Vamos, llame inmediatamente!

Hangsson contempló los rostros que le miraban con gesto amenazador. Vio a dos mujeres absolutamente idénticas frente a sí y, por un momento, creyó que deliraba.

—¿Eran dos las Rosauras Kimper? ¿Eran tres?

Jimmy le empujó con violencia hacia el visófono:

—¡Llame en el acto!

Hangsson obedeció. Hendrik aflojó un tanto sus ligaduras para que pudiera moverse un poco.

Momentos después, Hangsson se volvía hacia los circunstantes, con el pánico más abyecto reflejado en su semblante:

— ¡ No contesta nadie! — gimió.

XIV

Byckett empezaba a cansarse.

Cada vez que había intentado moverse, Rosa se Jo había prohibido severamente, amenazándole con retirar el destornillador. Byckett sentía que las piernas empezaban a dolerle ya

Pasaron las horas. Una y otra vez, Byckett había pensado en

lanzarse contra la chica, pero sabía que no tendría tiempo de impedir su movimiento. Maldijo la hora en que se le ocurrió aceptar el plan de Hangsson.

El zumbador sonó arriba, muy lejos.

—Están llamando — dijo.

Que llamen —contestó ella fríamente—. Ya vendrán cuando vean que no contesta nadie.

Las piernas me duelen —se quejó Byckett—. ¿Puedo sentarme?

—No —negó ella.

Los minutos continuaban pasando. Byckett intuyó que la chica debía de estar esperando a que alguien viniera a salvarla.

Dieron las nueve, las nueve y media, las diez...

No puedo más — gimió Byckett.

—lanzando un suspiro, se derrumbó al suelo. En parte era verdad, pero también había parte de ficción.

Quería distraer a la joven para reducirla de nuevo a la impotencia. Rosa no cayó, sin embargo, en la trampa.

—Si no se levanta antes de cinco segundos, retiraré el destornillador — amenazó fríamente.

Byckett obedeció en el acto, despavorido ante la sola idea de que todo aquel arsenal hiciese explosión de una vez. Rosa sonrió complacidamente.

—Así está mejor — dijo.

Be pronto, se oyeron unos pasos precipitados en la parte superior.

Sonó un agudo grito:

—¡Rosa!

—¡ Aquí, Hendrik! — contestó la muchacha.

Dos hombres y dos mujeres aparecieron en el subterráneo. Byckett se quedó atónito ante el espectáculo.

—¡Tres! —sollozó—. Nada menos que tres...

Loco de rabia, Hendrik preparó un tentáculo terminado en un puño fenomenal.

—Creíamos que estarías muerta ya — dijo.

Pero no tuvo tiempo de emplear el puño.

Byckett se había desmayado. Rosa sonrió.

—El pobre llegó a creérselo — dijo.

—retiró el destornillador tranquilamente, sin que se produjera

ninguna explosión.

—¿Qué es lo que había creído? —preguntó Jimmy.

Le dije que el destornillador sujetaba el muelle de la espoleta y que, si lo quitaba, se produciría la explosión. No es cierto, por supuesto; ¿cómo iba yo a permitir que el estallido arrasara medio continente? Pero eso, él, claro, no lo sabía y…

Jimmy miró a Byckett y sonrió.

—Tan fuerte en apariencia y se ha desmayado como una damisela — comentó.

* * *

Jimmy y los dos Kimper, padre e hija, estaban en el claro, observando el interior de la cabaña a través de las ventanas.

De cuando en cuando, una masa confusa se movía con vertiginosa velocidad dentro del edificio. Hendrik y Rosa estaban trabajando, sumidos en un campo de tiempo subjetivo.

Rosaura consultó el reloj.

—Ya falta poco — dijo.

Jimmy movió la cabeza.

—Tengo ganas de ver su nueva cara — sonrió.

—Se lo merece —manifestó Kimper—. Y si usted no la quiere como secretaria, yo le daré un buen empleo en mi compañía.

—Papá — terció Rosaura con malicia en su voz —, creo que el doctor De Soto quiere a la señorita Swan para algo más que secretaria.

—¿Tendremos boda, Jimmy? —preguntó Kimper.

—Espere a que ella salga de ahí — contestó el joven—. Por cierto, ¿hay noticias de Hangsson?

—Sí. Seguramente será juzgado por alta traición. Aquel arsenal de torpedos nucleares le va a costar un serio disgusto.

—¿Para qué los quería? —preguntó Rosaura.

—Pensaba montarlos en las naves de mi compañía y dedicarse a la piratería — respondió el financiero —. El tráfico interplanetario es ahora muy productivo y… bueno, si el comandante de una astronave ve que le hacen explotar un torpedo nuclear a unos miles de kilómetros tan sólo, se rendirá en el acto, temiendo que el segundo disparo vaya directamente a su cabeza. Eso era lo que

pretendía Hangsson... y yo hubiera cargado con el mochuelo, dicho sea con palabras vulgares!

—Pero gráficas — sonrió Jimmy.

Las sombras dejaron de ser confusas y tomaron forma.

—Ya han terminado —dijo Rosaura.

Jimmy sintió que el corazón le palpitaba violentamente. Hendrik se asomó a una ventana y gritó:

—Ya pueden venir.

Los tres entraron en la cabaña. Kimper meneó la cabeza.

—Parece mentira que en tan poco tiempo hayan transcurrido aquí nada menos que dos semanas.

Sylvia se sentaba en aquel momento en el lecho. Jimmy la contempló con admiración.

Era su misma cara, pero modificada de un modo singular. Quizá no poseía la belleza de Rosaura, pero tenía una expresión que la hacía sumamente atractiva.

Hendrik la sostuvo por un brazo.

—Dentro de unos momentos, podrá caminar por sí sola —informó—. Su brazo, doctor, será mucho más apreciado que el mío.

Jimmy se acercó a Sylvia. La joven le contempló de un modo que no daba lugar a dudas sobre sus sentimientos.

—Prepara un buen regalo de boda, papá — dijo Rosaura.

Jimmy se volvió hacia ella.

—Dos, señor Kimper, aunque a una boda no podrá asistir —dijo.

¿Se marchan? —preguntó Sylvia, que se recobraba a pasos agigantados.

Sí — contestó Rosa —. Recobraremos nuestra forma habitual en el espacio.

—Pero... todavía no sé por qué quería llevarse a Hendrik —alegó Jimmy.

Rosa sonrió.

—Fue enviado a la Tierra a recoger cuanta información pudiera, sin ulteriores propósitos agresivos, ni mucho menos. Pero esto, que podría haberlo hecho en dos o tres años, le ocupó más tiempo del debido y por ello me enviaron a mí para llevármelo a Kegrelvenik. Bueno, mi viaje, en realidad, tenía un doble motivo.

Miró a Hendrik. El hombrecillo se ruborizó.

—Resultabas demasiado mandona —gruñó.

Fie visto a las mujeres de este planeta —contestó Rosa —. Y he aprendido mucho de ellas, créeme.

En medio de todo —rió Jimmy—, su viaje no habrá sido hecho en vano, Rosa.

—Desde luego — contestó la joven extraterrestre.

Kimper palmeó las espaldas de Hendrik.

—Muchacho, con las mujeres, mano firme siempre. Es la mejor forma de que le quieran a uno, se lo aseguro.

Luego se volvió hacia su hija.

—Vámonos Rosaura. Jimmy, Sylvia, vengan a cenar con nosotros esta noche. Tenemos que hacer planes para el futuro. Ustedes dos, aunque su trabajo es distinto al mío, siempre podrán ocupar mi hueco en mi empresa.

Jimmy y Sylvia quedaron solos con los extraterrestres.

—¿Cuándo se van? —preguntó Jimmy.

Esta noche. Nos quedaremos aquí —contestó Rosa con intención.

Jimmy comprendió. Algunos de sus secretos *no* debían ser compartidos con los terrestres, entre ellos, el de sus viajes por el espacio.

«Tal vez sea demasiado pronto para nosotros», pensó.

Estrechó con fuerza la mano de Hendrik.

—Me acordaré siempre de ti —aseguró.

Fue un placer trabajar para usted, doctor. Me divertí, créame.

Jimmy pensó en la señora Vandergrift y en su tigrecillo «gigantizado» por Hendrik.

—Estoy seguro de ello — contestó —. Adiós, Rosa.

Momentos después, Jimmy y Sylvia salían de la cabaña.

—Mañana no estarán ya — suspiró la muchacha.

Jimmy la miró y sonrió.

—Quizá volvamos a verlos algún día. ¿No te agradaría? —preguntó.

Las estrellas empezaban a lucir ya en el cielo.

—Sí —contestó Sylvia—, me gustaría. Y estoy segura de que volveremos a verles de nuevo.

Pero ahora debemos ocuparnos de nosotros mismos, ¿no te parece?

Sylvia le miró y sonrió.
—Desde luego — contestó.

FIN